

*7/maestro/sa*

servimos está ausente. César y Antonio han vencido siempre más por sus lugartenientes que por sí mismos. Sosio, su lugarteniente, que ocupaba mi puesto en Siria, por haber adquirido una gloria rápidamente acumulada perdió el favor que tenía. Quien hace en la guerra más de lo que puede hacer su general viene a ser general de su general; y la ambición, esa virtud del soldado, prefiere una pérdida a una ganancia que le eclipse. Más podría hacer en interés de Antonio; pero esto fuera ofenderle, y bajo esta ofensa mis hazañas perecerían.

SILIO. — Posees, Ventidio, esa facultad sin la cual un soldado no es nada más que una espada. ¡Escribirás a Antonio?

VENTIDIO. — Le significaré humildemente lo que hemos realizado en su nombre, esta palabra mágica de guerra; cómo con sus banderas y sus legiones bien pagadas hemos echado fuera del campo de batalla a la caballería parta, que nunca fué batida.

SILIO. — ¿Dónde está ahora?

VENTIDIO. — Se propone ir a Atenas, donde nos presentaremos a él tan rápidamente como nos permita la impedimenta que arrastramos. ¡Adelante! ¡Por aquí! ¡Desfilad! (Salen.)

*1082/146*

ANTONIO Y CLEOPATRA

Seminario Multidisciplinario  
Bachillerato de Humanidades  
Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Rio Piedras

Consejo  
de Exámenes

ESCENA II

Roma. — Una antecámara en el palacio de César

Entran, encontrándose, AGRIPA, y ENOBARBO

AGRIPA. — Qué, ¡se han separado los hermanos?

ENOBARBO. — Han acabado con Pompeyo, que se ha marchado ya. Los otros tres sellan el tratado. Octavia llora por tener qué abandonar Roma; César está triste, y desde la fiesta de Pompeyo, Lépido, como dice Menas, está atacado por la clorosis.

AGRIPA. — ¡Ese noble Lépido!

ENOBARBO. — Un hombre bien notable. ¡Oh, cómo ama a César!

AGRIPA. — Cierto; pero ¡cómo adora tiernamente a Marco Antonio!

ENOBARBO. — ¡César? Pero si es, ¡pardiez!, el Júpiter de los hombres.

AGRIPA. — ¡Y qué es Antonio? El dios de Júpiter.

ENOBARBO. — ¡Habláis de César? ¡Oh, el incomparable!

AGRIPA. — ¡Oh Antonio! ¡Oh Fénix de la Arabia!

ENOBARBO. — Si queréis alabar a César, decid *César*, y no vayáis más lejos.

AGRIPA. — Verdaderamente, les ha colmado a los dos de excelentes alabanzas.

ENOBARBO. — Pero es a César a quien prefiere; sin embargo, ama a Antonio. ¡Oh, los corazones, las lenguas, las figuras, los escritores, los cantantes, los poetas no podrían sentir, expresar, figurar, escribir, can-

**SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
ENSEÑANZA EN MEDIOS GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RÍO PIEDRAS**

tar, medir su amor por Antonio! ¡Oh! Pero en cuanto a César, jarradillaos, arredillaos y admirad!

AGRIPA. — Les quiere a ambos.

ENOBARBO. — Son sus élitros, y él su escarabajo (1). (*Trompetería.*) He ahí que nos llama a montar a caballo. Adiós, noble Agripa.

AGRIPA. — Buena suerte, noble soldado, y adiós. (*Se separan a un lado. Entran César, Antonio, Lépido y Octavia.*)

ANTONIO. — No vayáis más lejos, señor.

CÉSAR. — Me separáis de una gran parte de mí mismo. Tratadme bien en esta cara mitad. Hermana: muéstrate una esposa tal como mi pensamiento ambiciona, y que tu conducta justifique todo lo que me atreviera a garantizarte de ti. Muy noble Antonio: que este modelo de virtud, colocado entre nosotros como el cimiento encargado de mantener el edificio de nuestro afecto, no se convierta nunca en ariete para batir en brecha la fortaleza de nuestra amistad. Porque mejor fuera habernos querido sin este lazo, si no ha de ser cuidadosamente tratado por ambas partes.

ANTONIO. — No me ofendáis con vuestra desconfianza.

CÉSAR. — He dicho.

ANTONIO. — Por meticulosamente que procedáis en el examen de mi conducta no encontraréis en ella el menor motivo para alarmaros a propósito de lo que parecéis temer. Ahora que los dioses quieran protege-

(1) *They are the shards, and he their beetle.* Por shard ha de entenderse aquí, según Orton, *patch of cow-dung.* Sin embargo, nosotros preferimos en este caso la interpretación de Samuel Johnson: «the sheaths of the wing of insects».

#### ANTONIO Y CLEOPATRA

ros y poner a disposición de vuestros designios los corazones de los romanos. Vamos a separarnos aquí.

CÉSAR. — Adiós, mi muy querida hermana: que te vaya bien. ¡Que los elementos sean blandos contigo y no te den sino salud y alegría! Que te vaya bien.

OCTAVIA. — ¡Mi noble hermano!

ANTONIO. — Abril está en sus ojos. Es la primavera del amor, y esas lágrimas, los aguaceros encargados de hacerle nacer. Mostraos alegre.

OCTAVIA. — Señor, velad por la casa de mi esposo, y...

CÉSAR. — ¡Qué, Octavia?

OCTAVIA. — Voy a decíroslo al oído.

ANTONIO. — Su lengua se niega a obedecer a su corazón, y su corazón es impotente para enseñar su lengua; tal como el plumón del cisne que flota sobre las olas de la marea alta, sin inclinarse a ningún lado.

ENOBARBO. — (*Aparte a Agripa.*) ¡Irrorará César?

AGRIPA. — (*Aparte a Enobarbo.*) Tiene una nube en el rostro.

ENOBARBO. — (*Aparte a Agripa.*) Sería lamentable si fuera un caballo, y con mayor razón siendo un hombre.

AGRIPA. — (*Aparte a Enobarbo.*) ¡Qué habré de decirte, Enobarbo? Cuando Antonio halló muerto a Julio César, gimió hasta rugir, y lloró cuando Filipo vió en tierra a Bruto.

ENOBARBO. — (*Aparte a Agripa.*) En verdad, aquel año le aquejaba un reuma; se lamentaba sobre el que había destruído voluntariamente, creedlo, aunque yo también lloraba.

CÉSAR. — No, amable Octavia; sabréis siempre noticias mías; el tiempo no debilitará vuestro recuerdo en mi pensamiento.

ANTONIO. — Vamos, señor, vamos; quiero luchar con vos en fortaleza de amor. Mirad, os abrazo... y ahora os suelto y os encomiendo a los dioses.

CÉSAR. — ¡Adiós; sé dichoso!

LÉPIDO. — ¡Que toda la multitud de estrellas ilumine tu feliz viaje!

CÉSAR. — ¡Adiós, adiós! (*Besa a Octavia.*)

ANTONIO. — ¡Adiós! (*Trompetería. Salen.*)

### ESCENA III

Alejandría. — Una sala del palacio

*Entran Cleopatra, Carmiana, Iras y Alejas*

CLEOPATRA. — ¿Dónde está ese muchacho?

ALEJAS. — No se atreve apenas a venir.

CLEOPATRA. — Andad, andad. Venid aquí, señor.  
(*Entra un Mensajero.*)

ALEJAS. — Noble Alteza, Herodes de Judea no osa miraros más que cuando estáis de buen humor.

CLEOPATRA. — Tendré la cabeza de ese Herodes. Pero ¿cómo tenerla, ahora que ha partido Antonio, que hubiera podido dar la orden de traérmela? Aproxímate.

MENSAJERO. — ¡Muy graciosa Majestad!

CLEOPATRA. — ¡Has visto a Octavia?

MENSAJERO. — Sí, temida reina.

CLEOPATRA. — ¿Dónde?

MENSAJERO. — Señora, en Roma. La he contemplado de frente, y la he visto conducida entre su hermano y Marco Antonio.

CLEOPATRA. — ¡Es tan alta como yo?

MENSAJERO. — No, señora.

CLEOPATRA. — ¡La has oído hablar? ¡Tiene la voz aguda o grave?

MENSAJERO. — Señora, la he oído hablar; tiene la voz grave.

CLEOPATRA. — Tanto mejor. No la amará mucho tiempo.

CARMIANA. — ¡Amarla! ¡Oh Isis, eso es imposible!

CLEOPATRA. — Lo creo, Carmiana. ¡Bajita y la voz gruesa! ¡Tiene majestuosidad en la figura? Acuérdate, si has contemplado algunas veces la majestad.

MENSAJERO. — Va a rastras. Ya esté inmóvil o ya marche, siempre es la misma; tiene el aire de un cuerpo más bien que de un alma, de una estatua más que de una persona que respira.

CLEOPATRA. — ¡Es cierto?

MENSAJERO. — Sí, o no tengo el don de la observación.

CARMIANA. — No hay tres en Egipto que pudieran hacer mejor un informe.

CLEOPATRA. — Es muy inteligente, me parece. Pues bien; no veo aún nada en ella. Este mozo está dotado de un buen criterio.

CARMIANA. — Excelente.

CLEOPATRA. — Infórmame sobre su edad, te lo ruego...

MENSAJERO. — Señora, era viuda.

CLEOPATRA. — ¡Viuda! ¡Oyes, Carmiana?

MENSAJERO. — Y creo que tiene treinta años.

CLEOPATRA. — ¡Conservas su rostro en la memoria? ¡Es ovalado o redondo?

MENSAJERO. — Redondo hasta la imperfección.

CLEOPATRA. — Los que tienen la cara redonda son en su mayor parte imbéciles. Y su cabellera, ¿de qué color es?

MENSAJERO. — Morena, señora; y su frente tan baja como hecha de encargo.

CLEOPATRA. — Aquí tienes, para ti. No debes tomar a mal mi precedente rudeza. Voy a hacer que emprendas un nuevo viaje. Te encuentro muy apropiado para los negocios. Ve a prepararte. Nuestras cartas están dispuestas. (*Sale el Mensajero.*)

CARMIANA. — Es un hombre listo.

CLEOPATRA. — Sí, en verdad. Me arrepiento mucho de haberle molestado, como he hecho. Verdaderamente, me parece que, según él, esta criatura no es gran cosa.

CARMIANA. — Nada en absoluto, señora.

CLEOPATRA. — Ese hombre ha visto ciertas personas majestuosas, y entiende de ello.

CARMIANA. — ¡Si ha visto personas majestuosas! ¡Isis impida que, después de haberlos servido tan largo tiempo, ignore lo que es la majestad!

CLEOPATRA. — Tengo aún que preguntarle una cosa, mi buena Carmiana. Pero poco importa; me lo llevarás al aposento donde voy a escribir. Todo puede ir bien todavía.

CARMIANA. — Os lo garantizo, señora. (*Salen.*)

## ESCENA IV

Atenas. — Una sala en la morada de Antonio

*Entran ANTONIO y OCTAVIA*

ANTONIO. — No, no, Octavia; no es solamente eso... Eso sería excusable; eso y otras mil ofensas de parecida importancia; pero ha emprendido nuevas guerras contra Pompeyo. Ha hecho su testamento y lo ha leído en público. Ha hablado de mí ligeramente, y en las ocasiones en que no ha podido dispensarse de hacer mi elogio, se ha expresado en términos fríos y sin fuerza. Me ha medido en tan poco como le ha sido posible. Cuando ha tenido ocasión de hacerme justicia, no la ha aprovechado, o ha hablado de mí a flor de labios.

OCTAVIA. — ¡Oh mi buen señor! No creáis todo; si lo creéis, no lo toméis todo con resentimiento. Jamás se ha encontrado mujer más desgraciada que yo, puesto que si esta querella estalla, me será preciso mantenerme entre vosotros dos, rogando por los dos partidos. Los dioses buenos van a burlarse en seguida, cuando, después de haberles dicho: «¡Oh, bendecid a mi señor y esposo!», oirán deshacer esta imploración, gritando también en voz alta: «¡Oh, bendecid a mi hermano!» Triunfe mi esposo, triunfe mi hermano; mi plegaria destruye a mi plegaria. No hay término medio entre esos extremos.

ANTONIO. — Encantadora Octavia, que vuestro mejor amor se incline del lado del que hace los mejo-

res esfuerzos por conservarle; si pierdo mi honor, me pierdo a mí mismo. Más valiera no ser vuestro que perteneceros así mutilado. Pero ya que lo habéis pedido, serviréis de intermediaria entre nosotros dos. Durante este tiempo, señora, haré los preparativos de una guerra capaz de volver a sumir a vuestro hermano en la sombra. Haced vuestra más rápida diligencia; así, tenéis vuestros plenos deseos.

OCTAVIA. — Gracias a mi señor. ¡Quiera el poderoso Júpiter hacer de mí, tan débil, tan débil, el instrumento de vuestra reconciliación! ¡Una guerra entre vosotros dos! ¡Es como si el mundo se partiese y fuera preciso llenar la sima con cadáveres!

ANTONIO. — Cuando hayáis descubierto quién ha comenzado, volveréis vuestro disgusto del lado suyo; pues nuestras faltas no pueden ser tan iguales que vuestro amor se divida igualmente entre nosotros dos. Haced vuestros preparativos de partida, escoged las personas que os acompañen y mandad, sea cual fuese el gasto que os plazca. (*Salen.*)

### ESCENA V

Atenas. — Otro aposento en la morada de Antonio

*Entran, encontrándose, ENOBARBO y EROS*

ENOBARBO. — ¡Hola, amigo Eros!

EROS. — Acaban de llegar extrañas noticias, señor.

ENOBARBO. — ¡Cuáles, amigo?

EROS. — César y Lépido han declarado la guerra a Pompeyo.

### ANTONIO Y CLEOPATRA

ENOBARBO. — Ésa es una noticia atrasada. ¡Cuál ha sido el resultado?

EROS. — Después de haberse servido de Lépido en la guerra contra Pompeyo, César le ha negado su título de colega; no ha querido que particapse en la gloria de la acción. Y no se ha detenido en esto; le acusa con cartas que había escrito antes a Pompeyo, y por esta acusación le ha hecho detener; así es que el pobre triunviro está enjaulado hasta que la muerte le libere.

ENOBARBO. — Entonces, mundo, tienes dos mandíbulas, no más; y al arrojar entre ellas todo el alimento que guardas, rechinará la una contra la otra. ¡Dónde está Antonio?

EROS. — Se pasea por el jardín... de este modo..., huella con el pie los rosales que tiene delante, de este otro..., y grita: «¡Estúpido Lépido!», y jura cortar la garganta del oficial que ha matado a Pompeyo.

ENOBARBO. — Nuestra gran flota está equipada.

EROS. — Para Italia y contra César. Hay otra cosa, Domicio; mi señor desea que vayáis a encontrarle inmediatamente. Debí haber guardado mis noticias para más tarde.

ENOBARBO. — No tendrá nada que decirme. Pero sea. Condúceme al lado de Antonio.

EROS. — Venid, señor. (*Salen.*)

## ESCENA VI

Roma. — Un aposento en la casa de César

*Entran CÉSAR, AGRIPA y MECENAS*

CÉSAR. — Ha hecho todo eso y más aún en desprecio de Roma, en Alejandría. He aquí cómo han pasado las cosas. En la plaza del mercado, en la cima de una tribuna de plata, Cleopatra y él fueron públicamente instalados sobre tronos de oro. A sus pies estaban sentados Cesarión, a quien llaman hijo de mi padre, y toda la descendencia ilegítima que su concupiscencia les ha proporcionado. Le dió el patrimonio de Egipto y la hizo reina absoluta de la Baja Siria, de Chipre y de la Lidia.

MECENAS. — ¡Y eso a la vista del público?

CÉSAR. — En la gran plaza pública, donde se hacen los ejercicios. Proclamó allí a sus hijos reyes de reyes. A Alejandro le dió la Gran Media, la Partia y la Armenia; a Ptolomeo le asignó la Siria, la Cilicia y la Fenicia. Aquel día la reina apareció bajo las vestiduras de la diosa Iris. Por cierto que, según cuentan, ya en otras ocasiones había dado audiencia con el mismo traje.

MECENAS. — Que se entere Roma de esto.

AGRIPA. — Roma que, asqueada ya de su insolencia, le retirará toda estima.

CÉSAR. — El pueblo lo sabe y ha recibido ya sus acusaciones.

AGRIPA. — ¡A quién acusa?

CÉSAR. — A César. Se queja de que, habiendo despojado a Sexto Pompeyo de la Sicilia, no le hayamos dado su parte de la isla. A continuación dice que me ha prestado algunas naves que no han sido devueltas. En fin, se enoja porque Lépido ha sido depuesto del triunvirato y porque, una vez depuesto, hemos retenido todos sus ingresos.

AGRIPA. — Señor, eso merece una respuesta.

CÉSAR. — Ya está redactada, y el mensajero ha partido. Le he respondido que Lépido se había vuelto demasiado cruel, abusando de su alta autoridad, y que merecía su destitución; que en cuanto a mis conquistas, le había concedido una parte, pero que yo pedía también la reciprocidad por su Armenia y los otros reinos conquistados por él.

MECENAS. — No consentiré jamás eso.

CÉSAR. — Entonces no consentiré por mi lado en lo que me pide. (*Entra Octavia con su séquito.*)

OCTAVIA. — ¡Salve, César y señor mío! ¡Salve, queridísimo César!

CÉSAR. — ¡Quién hubiera dicho que un día había de llamarte repudiada!

OCTAVIA. — No me lo habéis llamado, ni tenéis razón alguna para llamármelo.

CÉSAR. — ¡Por qué, entonces, venís furtivamente de esa manera a encontrarnos? No venís como conviene a la hermana de César. Un ejército debiera preceder a la mujer de Antonio, y los relinchos de los caballos anunciar su proximidad mucho tiempo antes de que apareciese; a todo lo largo del camino los árboles deberían haberse hallado cargados de curiosos, ilusionados con la espera y desalentados de no vis-

Seminario de Drama  
Educación  
Francisco ( ) Prado

*Romeo y Julieta*

lumbrar el objeto de su impaciencia. El polvo levantado por vuestro numeroso cortejo debió haber subido hasta la bóveda misma del cielo. Pero habéis venido a Roma como una muchacha del mercado, sin permitirnos daros las señales ostensibles de nuestro afecto, afecto que, de no expandirse, a menudo corre el peligro de enfriarse. Hubiéramos salido a vuestro encuentro por tierra y por mar, y en cada etapa de vuestro viaje os habríamos deseado una bienvenida siempre creciente en esplendor.

OCTAVIA. — Mi buen señor; no he sido obligada a venir así. Libremente lo he hecho. Marco Antonio, mi esposo, al enterarse de que hacíais preparativos de guerra, ha abrumado mis oídos con esas noticias, y entonces le he rogado que me permitiera regresar.

CÉSAR. — Lo que os ha concedido bien pronto, por ser vuestra persona un obstáculo entre él y su lujuria.

OCTAVIA. — No habléis de ese modo, mi señor.

CÉSAR. — Tengo los ojos puestos en él, y el viento me ha traído noticias de sus asuntos. ¿Dónde está ahora?

OCTAVIA. — En Atenas, mi señor.

CÉSAR. — No, hermana mía ultrajadísima; Cleopatra le ha indicado que vaya a reunírsele. Ha entregado su imperio a una puta y ahora se ocupan en establecer, para una guerra, una coalición de todos los reyes de la tierra. Ha unido ya a Boco, rey de Lidia; Arquelao, rey de Capadocia; Filadelfo, rey de Pafagonia; Adallas, rey de Tracia; el rey Malco, de Arabia; el rey del Ponto; Herodes de Judea; Mitrídates, rey de Comagena; Polemon y Amintas, reyes de Media y de Licaonia, y otros muchos más portacetros.

*Antonio y Cleopatra*

OCTAVIA. — ¡Oh, qué desgraciada soy, al tener mi corazón dividido entre dos parientes que se hieren el uno al otro!

CÉSAR. — Sed bienvenida. Vuestras cartas han retardado el estallido de nuestra ruptura, hasta el día en que he visto a qué extremo estáis ultrajada y qué peligro corriámos por negligencia. Tened valor. No os dejéis perturbar por las circunstancias que suspenden sobre vuestra dicha estas necesidades inevitables; dejad al destino las cosas decretadas de antemano, sin tratar de detenerlas y sin gemir por ellas. ¡Sed bienvenida a Roma! Ninguna persona me es tan querida como vos. Estás ultrajada por encima de toda imaginación, y, por haceros justicia, los grandes dioses nos han elegido a nosotros y a los que os aman como ministros de su venganza. Tened valor y sed bienvenida para siempre entre nosotros.

AGRIPA. — ¡Sed bienvenida, señora!

MECENAS. — ¡Sed bienvenida, querida señora! Todos los corazones de Roma os aman y os compaden-  
cen. Sólo el adulterio Antonio, sin freno en sus desór-  
denes, se desvía de vos para entregar su poder temible a una puta, que se sirve de él contra nosotros con escándalo.

OCTAVIA. — ¿Es posible, señor?

CÉSAR. — Demasiado cierto. Sed bienvenida, her-  
mana mía. Os ruego que vuestra paciencia no se aca-  
be nunca. ¡Queridísima hermana mía! (*Salen.*)

*Seminario de Drama*

*Colección*

Francisco (Paco) Ruiz

## ESCENA VII

El campamento de Antonio, cerca del promontorio de Actium

*Entran Cleopatra y Enobarbo*

CLEOPATRA. — Te lo haré pagar, no lo dudes.

ENOBARBO. — Pero ¿por qué, por qué, por qué?

CLEOPATRA. — Te has pronunciado contra mi presencia en esta guerra, diciendo que no era conveniente.

ENOBARBO. — Bien, ¡y lo es, lo es!

CLEOPATRA. — Si esta guerra no ha sido declarada contra nosotros, ¿por qué habíamos de estar aquí en persona?

ENOBARBO. — (*A parte.*) Bien; sé lo que tendría que responder. Si nos sirviéramos a la vez de caballos y de yeguas, los caballos no nos rendirían absolutamente ningún servicio; pues cada yegua llevaría un soldado y su caballo.

CLEOPATRA. — ¿Qué es lo que decís?

ENOBARBO. — Que vuestra presencia tiene que molestar necesariamente a Antonio y ocuparle una parte de su corazón, de su cabeza y de su tiempo, cosas que no le sobrarán por el momento, por muchas que tenga. Se le tacha ya de ligereza, y se dice en Roma que esta guerra está dirigida por Fotino, un eunuco, y vuestras mujeres.

CLEOPATRA. — ¡Que reviente Roma y se pudran las lenguas de todos los que hablen contra nosotros! Tenemos intereses comprometidos en esta guerra, y, como jefe de mi reino, debo mostrarme aquí como si fuera un hombre. No habéis contra mi presencia, que no me iré.

ENOBARBO. — Bueno; he terminado. Aquí viene el emperador. (*Entran Antonio y Canidio.*)

ANTONIO. — ¡No es extraño, Canidio, que desde Tarento y Brindis haya podido cortar el mar Jónico y apoderarse de Torina? ¡Lo habéis sabido, querida mía?

CLEOPATRA. — La celeridad nunca es admirada sino por los negligentes.

ANTONIO. — ¡Excelente reprensión! Honraría a los hombres más valientes verse así denostados por su indolencia. Canidio, les combatiremos por mar.

CLEOPATRA. — ¡Por mar! ¡Y no habría otro modo de combatirles?

CANIDIO. — ¿Por qué adopta mi señor esa resolución?

ANTONIO. — Porque es en el mar donde nos desafía.

ENOBARBO. — Mi señor también le ha desafiado en singular combate.

CANIDIO. — Y vos le habéis ofrecido librar esa batalla en Farsalia, donde César combatió con Pompeyo. Pero rechaza los ofrecimientos que no redundan en ventaja suya; debierais hacer otro tanto.

ENOBARBO. — Vuestras naves no están bien equipadas; vuestros marinos son arrieros, segadores, gentes reclutadas a toda prisa para vuestras necesidades; la flota de César está dirigida por los marinos que han combatido con frecuencia contra Pompeyo; sus naves son ligeras, las vuestras pesadas. No hay ningún deshonor en rehusar el combate en el mar, cuando estás preparado para un combate terrestre.

ANTONIO. — En el mar, en el mar.

ENOBARBO. — Nobilísimo señor, entonces renunciáis a la absoluta superioridad militar que tenéis en

tierra; mutiláis vuestro ejército, compuesto en su mayoría de infantes experimentados en la guerra; renunciáis a aprovechar vuestros afamados conocimientos; abandonáis la vía que da promesas ciertas y os apartáis de una firme certeza para entregarlos simplemente al azar y la casualidad.

ANTONIO. — Combatiré por mar.

CLEOPATRA. — Tengo sesenta veleros. César no los tiene mejores.

ANTONIO. — Quemaremos el sobrante de nuestra flota, y con el resto sólidamente equipado, desde las alturas de Actium batiremos a César cuando se acerque. Si fracasamos, entonces podremos librar batalla en tierra. (*Entra un Mensajero.*) ¡Qué tienes que decir?

MENSAJERO. — Las noticias son verdaderas, mi señor. Están confirmadas. César ha tomado Torina.

ANTONIO. — ¿Es posible que esté allí en persona? No puede ser. Resulta extraño que sus fuerzas estén aquí. Canidio, quedarás en tierra, a la cabeza de nuestras diez legiones y de nuestros doce mil jinetes. Nosotros retornaremos a nuestro navío. ¡Partamos, mi Tetis! (*Entra un Soldado.*) ¡Hola! ¡Qué hay, bravo soldado?

SOLDADO. — ¡Oh noble emperador! No combatáis por mar; no os fiéis de las tablas podridas. ¡No confiáis en mi espada y mis heridas! Dejad los papeles de patos para los fenicios y los egipcios; sobre tierra es donde nosotros tenemos costumbre de vencer, combatiendo paso a paso.

ANTONIO. — Bueno, bueno, partamos. (*Salen Antonio, Cleopatra y Enobarbo.*)

SOLDADO. — ¡Por Hércules! Estoy seguro de poseer la verdad.

CANIDIO. — Sí, soldado; pero su orientación ya no se apoya en su fuerza legítima, de suerte que nuestro jefe es dirigido, y resultamos los soldados de las mujeres.

SOLDADO. — Mandáis en tierra todas las legiones y la caballería, ¿no es eso?

CANIDIO. — Marco Antonio, Marco Justeio, Publilio y Celio dirigen por mar. Pero nosotros mandamos en todas las fuerzas de tierra. Esa celeridad de César sobrepuja a cuanto puede imaginarse.

SOLDADO. — Cuando se hallaba todavía en Roma hizo salir sus tropas por destacamentos, de manera que se despistaran todos los espías.

CANIDIO. — ¡Quién es su lugarteniente, lo sabéis?

SOLDADO. — Un cierto Tauro, se dice.

CANIDIO. — ¡Ah, sí, le conozco! (*Entra un Mensajero.*)

MENSAJERO. — El emperador llama a Canidio.

CANIDIO. — La hora presente está en gestación de noticias, y cada minuto pare alguna. (*Salen.*)

### ESCENA VIII

Una llanura cerca de Actium

*Entran CÉSAR, TAURO, oficiales y otros*

CÉSAR. — ¡Tauro!

TAURO. — ¡Mi señor!

CÉSAR. — No operes en tierra; guarda tus fuerzas intactas; no presentes batalla antes de que hayamos terminado en el mar. No vayas más allá de las prescripciones de este pergamino. Nuestra suerte pende toda entera de este trineo. (*Salen.*)

## ESCENA XI

Alejandría. — Un aposento en el palacio

*Entran ANTONIO y las gentes de su séquito*

ANTONIO. — ¡Escuchad! La tierra me prohíbe hollarla más tiempo; está avergonzada de sostenerme. Amigos, venid aquí. De tal manera me he retrasado en el mundo; que he perdido para siempre mi camino. Tengo una nave cargada de oro; tomadla, repartidla entre vosotros; huid y haced vuestra paz con César.

TODOS. — ¡Huir! No; nosotros no huiremos.

ANTONIO. — He huído yo mismo y enseñado a los cobardes a correr y mostrar las espaldas. Amigos, partid; he adoptado una resolución para la que no tengo necesidad de vosotros, cogedlo. ¡Oh, he perseguido lo que ahora me sonrojo de mirar! Mis cabellos mismos se insurreccionan, pues los blancos reprochan a los negros su precipitación temeraria, y los negros censuran a los blancos por su temor y su locura. Partid, compañeros; os daré cartas para ciertos amigos que desembarazarán vuestra senda de obstáculos. Os ruego que no aparezcáis tristes; no me respondáis que ese partido os repugna. Seguid la opinión que os da mi desesperación. Abandonad al que se abandona a sí mismo. A la orilla, en el acto. Quiero poneros en posesión de esa nave y de ese tesoro. Por favor, dejadme un momento en esta hora. Veamos; haced lo que os digo; he perdido ahora todo poder para mandaros, y por eso os ruego. Me uniré a vosotros más

tarde. (*Se sienta. Entra Cleopatra, conducida por Iras y Carmiana; Eros les sigue.*)

EROS. — Vamos, buena señora; aproximaos a él, consoladle.

IRAS. — Hacedlo, queridísima reina.

CARMIANA. — ¡Hacedlo! ¡Qué otra cosa podríais hacer?

CLEOPATRA. — Dejad que me siente. ¡Oh Juno!

ANTONIO. — ¡No, no, no, no, no!

EROS. — ¿Veis quién está aquí, señor?

ANTONIO. — ¡Oh! ¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza!

IRAS. — ¡Señora, oh buena emperatriz!

EROS. — Señor, señor...

ANTONIO. — Sí, mi señor; sí. ¡El que en Filipo llevaba su espada como un bailarín, mientras yo me ensañaba en el flaco y arrugado Casio! Y fui yo quien acabé la derrota del loco de Bruto. Entonces obraba sólo como mi lugarteniente, y no tenía ninguna experiencia de las valientes maniobras de la guerra; y en esta hora, sin embargo... Poco importa.

CLEOPATRA. — ¡Ah! Auxiliadme.

EROS. — ¡La reina, mi señor, la reina!

IRAS. — Aproximaos a él, señora; habladle. La vergüenza le hace olvidar completamente lo que es.

CLEOPATRA. — Pues bien; entonces, sostenedme, joh!

EROS. — Muy noble señor, levantaos; la reina avanza; su cabeza se derrumba sobre su hombro, y la muerte va a apoderarse de ella si no la socorréis con vuestros consuelos.

ANTONIO. — He manchado mi reputación. Una huída por demás innoble...

Síntesis de Drama  
Colección  
Francisco (Paco) Prado

EROS. — Señor, la reina.

ANTONIO. — ¡Oh reina de Egipto! ¿Adónde me has llevado? Ve cómo me desvía mi vergüenza de tus ojos, dirigiendo atrás mis miradas sobre las cosas que he dejado a lo lejos, destrozadas por el deshonor.

CLEOPATRA. — ¡Oh mi señor, mi señor! ¡Perdonad a mis velas tímidas! No pensaba que me habrías seguido.

ANTONIO. — ¡Reina de Egipto: sabías demasiado bien que mi corazón estaba ligado por sus fibras a tu timón, y que me arrastrarías tras ti; comprendías tu entero imperio sobre mi espíritu y te constabas que a una señal tuya habría desobedecido a los mismos dioses!

CLEOPATRA. — ¡Oh, perdonadme!

ANTONIO. — Ahora es preciso que envíe a ese muchacho humildes proposiciones, que me humille y soslaye por medio de los rodeos tortuosos de la bajeza, yo que, dueño de la mitad del mundo, hacía el juego que me placía, levantando y derribando las fortunas. Sabíais hasta qué punto erais dueña de mí mismo, y que mi espada, debilitada por mi amor, le obedecería en todo estado de causa.

CLEOPATRA. — ¡Perdón! ¡Perdón!

ANTONIO. — Vamos; no dejes caer una lágrima, que una sola iguala a todo lo que ha sido jugado y perdido. Dame un beso; esto me compensa enteramente. Hemos enviado como mensajero a nuestro preceptor: ¿Está de vuelta? Querida, me siento pesado como el plomo. ¡Vino de allá dentro y nuestra comida! La fortuna sabe bien que en la hora en que nos alcanza más fuertemente es cuando más la despreciamos. (*Salen.*)

### ESCENA XII

El campamento de César en Egipto

*Entran CÉSAR, DOLABELLA, TIREO y otros*

CÉSAR. — Haced que se aproxime el hombre que ha venido de parte de Antonio. ¿Le conocéis?

DOLABELLA. — Es el preceptor de sus hijos, César. Prueba que está desplumado cuando envía una pluma tan pobre de su ala, él que hace pocas lunas tenía por mensajeros más reyes de los que quería. (*Entra Eufronio.*)

CÉSAR. — Aproxímate y habla.

EUFRONIO. — Humilde como soy, vengo de parte de Antonio. No ha mucho tiempo era yo tan poco importante en sus asuntos como la gota de rocío sobre la hoja de mirto pueda serlo para el vasto mar.

CÉSAR. — Sea; expón tu mensaje.

EUFRONIO. — Antonio te saluda como dueño de su suerte y pide que se le permita vivir en Egipto. Si no le es concedido, se resuelve a aminorar su demanda, y te suplica le dejes respirar entre cielo y tierra, como simple particular, en Atenas. Esto en cuanto a él. En seguida Cleopatra reconoce tu grandeza, se somete a tu poder y solicita de ti para sus herederos la diadema de los Ptolomeos, de que tu gracia puede disponer ahora.

CÉSAR. — Por lo que se refiere a Antonio, no tengo vido para sus requerimientos. En cuanto a la reina, no la rehuso ni audiencia ni satisfacción, con tal de que eche de Egipto a su amante, tan completamente

deshonrado, o le quite la vida. Si lo hace, no solicitará sin que se le atienda. Tal es nuestra decisión para el uno y la otra.

EUFRONIO. — ¡Que la fortuna te acompañe!

CÉSAR. — Conducidle a través de las tropas. (*Sale Eufonio. A Tireo.*) He aquí la hora de ensayar tu elocuencia. ¡Despáchate! Separa a Cleopatra de Antonio. Prométela, y en nuestro nombre, lo que pide; añádele otras ofertas de tu invención. Las mujeres no son fuertes a la mejor fortuna; pero la necesidad haría perjuriar a la vestal inmaculada. Pon en juego tu habilidad, Tireo; redacta tú mismo la ordenanza de la remuneración debida a tus trabajos, que nosotros ejecutaremos como una ley.

TIREO. — Voy a ello, César.

CÉSAR. — Observa cómo soporta Antonio su naufragio, y dime lo que conjeturas de su actitud y lo que dejan presagiar sus movimientos.

TIREO. — Lo haré, César. (*Salen.*)

### ESCENA XIII

Alejandría. — Una sala en el palacio

*Entran* CLEOPATRA, ENOBARBO, CARMIANA e IRAS

CLEOPATRA. — ¡Qué nos queda por hacer, Enobarbo?

ENOBARBO. — Desesperar y morir.

CLEOPATRA. — ¡Es en Antonio o en nosotros en quien recae esta falta?

ENOBARBO. — En Antonio sólo, que ha querido que su voluntad fuese dueña de su razón. ¡Qué in-

fiuia que hubieseis huido ante ese gran espectáculo de la guerra, cuando las diversas filas se espantaban las unas de las otras? ¿Qué necesidad tenía de seguirlos? El prurito de su amor no debió entonces profanar su reputación de capitán; en parecido momento, cuando la mitad del mundo estaba empeñada con la otra mitad, la sola cuestión para él era vencer, y fué una vergüenza igual a la de su derrota correr detrás de vuestra bandera fugitiva y abandonar su flota, mirándola con estupefacción.

CLEOPATRA. — Silencio, te lo ruego. (*Entran Antonio y Eufonio.*)

ANTONIO. — ¡Es ésa su respuesta?

EUFRONIO. — Sí, mi señor.

ANTONIO. — De modo que la reina será complaciada, con tal de que nos ceda.

EUFRONIO. — Así lo ha manifestado:

ANTONIO. — Informémosle de ello. Envíala al niño César esta cabeza encanecida y te colmará de reinos más allá de tus deseos.

CLEOPATRA. — ¡Esa cabeza, mi señor?

ANTONIO. — Vuelve hacia él. Dile que lleva en sus mejillas las rosas de la juventud, lo que hace que el mundo espere verle señalarse por alguna hazaña muy particular; pues un cobarde puede poseer su tesoro, sus naves, sus legiones; porque sus generales pueden triunfar lo mismo bajo las órdenes de un niño que bajo el mando de César; por consiguiente, le invito a dejar a un lado todas esas felices ventajas y a venir a sedirse uno contra uno, espada contra espada, conmigo, que estoy ya en el declive de la edad. Voy a escribirle ese cartel. Sígueme. (*Salen Antonio y Eufonio.*)

ENOBARBO. — (Aparte.) ¡Ah! ¿Cómo es posible que César, rodeado de un ejército formidable, vaya a juzgarse su porvenir y darse como espectáculo midiéndose con un espadachín? Veo que los juicios de los hombres constituyen una parte de sus fortunas, y que los acontecimientos exteriores les sacan las facultades interiores para hacerles sufrir la misma suerte que a ellos mismos. ¿Es posible que sueñe, conociendo la medida de las cosas, que César, rebosante de poder, va a responderle a él, desprovisto de fuerza? César, has conquistado también su buen sentido. (Entra un Criado.)

CRIADO. — Un mensajero de parte de César.

CLEOPATRA. — ¡Cómo! ¿Sin más que esa ceremonia? ¡Mirad, mujeres mías! Los que se arrodillaban ante la rosa en capullo se tapan la nariz ante la rosa deshojada. Hacedle entrar, señor. (Sale el Criado.)

ENOBARBO. — (Aparte.) Mi honradez y yo comenzamos a reñir. La lealtad fielmente guardada a los locos hace de nuestra fe una pura tontería. Sin embargo, el hombre capaz de seguir con deferencia a un amo caído, conquista al conquistador de su amo y se gana un nombre en la Historia. (Entra Tireo.)

CLEOPATRA. — ¿Cuál es la voluntad de César?

TIREO. — Escuchadla en privado.

CLEOPATRA. — No hay aquí más que amigos; hablad con desenvoltura.

TIREO. — Es posible que sean al mismo tiempo amigos de Antonio.

ENOBARBO. — Los precisa tanto como César los tiene, señor; o no tiene necesidad de nosotros. Si le place a César, nuestro amo saldrá al encuentro de

su amistad. Por nosotros, sabed que estamos con quien él esté; por consiguiente, con César, si él quiere.

TIREO. — Bueno. Pues bien, ilustre reina: César te suplica que no te asustes de la situación más de lo preciso y que pienses que él es César.

CLEOPATRA. — Continuad. ¡He aquí una conducta muy real!

TIREO. — Sabe que continuáis unida a Antonio, no por amor, sino por miedo.

CLEOPATRA. — ¡Oh!

TIREO. — Así, deplora las heridas hechas a vuestro honor como ultrajes forzados y no merecidos.

CLEOPATRA. — Es un dios y sabe lo que es verdaderamente justo. Mi honor no ha cedido; ha sido simplemente conquistado.

ENOBARBO. — (Aparte.) Para asegurarme de ello, voy a preguntárselo a Antonio. Señor, señor; estás tan desplomado, que debemos dejarte hundir, ya que lo que tienes de más caro te abandona. (Sale.)

TIREO. — ¡Qué diré a César que le pedís? Porque no quiere sino ófros desear para conceder. El colmo de sus anhelos sería que consintiera en apoyaros sobre su suerte. Pero estaría repleto de satisfacción si supiese por mí que habéis abandonado a Antonio y que os habéis colocado bajo la protección del que es poseedor del mundo.

CLEOPATRA. — ¡Cuál es vuestro nombre?

TIREO. — Mi nombre es Tireo.

CLEOPATRA. — Excelente mensajero, decid lo siguiente al gran César: Beso sin más hablar su mano conquistadora; me apresuro, decidle, a depositar mi corona a sus pies, ante los cuales me arrodillo; y de-

cidie, además, que espero de su voz, a la que obedezco en todo, la suerte de Egipto.

TIREO. — Ése es vuestro más noble partido. Cuando el saber y la suerte están en pugna, si lo primero no se aventura más de lo que le es posible, ningún acontecimiento puede quebrantarla. Concededme la gracia de depositar en vuestra mano la expresión de mi respeto.

CLEOPATRA. — A menudo el padre de vuestro César, después de meditar en la conquista de los reinos, permitió a sus labios estacionarse en este indigno sitio y depositar en él besos que hizo llover encima. (*Vuelven a entrar Antonio y Enobarbo.*)

ANTONIO. — ¡Favores, por Júpiter tonante! ¿Quién eres, muchacho?

TIREO. — Uno que cumplió únicamente las órdenes del hombre poderoso entre todos y el más digno de que sus órdenes sean obedecidas.

ENOBARBO. — (*Aparte.*) Vais a ser azotado.

ANTONIO. — ¡Avanzad aquí, eh!... ¡Ah gavilán!... ¡Dioses y diablos! Mi autoridad se diluye a simple vista; hace poco tiempo, cuando gritaba: «¡Hola!», los reyes acudían a toda prisa, como niños que se empujan en su carrera, y respondían: «¿Cuál es vuestra voluntad?» ¡No tenéis oídos? Soy todavía Antonio. (*Entran Criados.*) Cogedme a ese Jack y azotadle.

ENOBARBO. — (*Aparte.*) Es más seguro jugar con un leoncillo que con un viejo león moribundo.

ANTONIO. — ¡Luna y estrellas! Azotadle. Si hubiese aquí veinte de los más grandes tributarios que acatan a César, si yo les sorprendiera tan descaradamente con la mano de esta... ¿cuál es su nombre desde

que fué Cleopatra? Azotadle, hijos míos, hasta que le veáis tomar un semblante llorón, como un nene, y gemir a gritos para pedir gracia. Llevaoslo de aquí.

TIREO. — Marco Antonio...

ANTONIO. — Arrancadle de aquí, y cuando haya sido azotado, volvedle a traer. Este Jack de César le llevará un mensaje de nuestra parte. (*Salen los Criados con Tireo.*) Estabais medio marchita antes de que os conociese. ¡Ah! ¡He dejado yo mi lecho vacío en Roma, y descuidado de engendrar una raza legítima, y por dos joyas de mujeres, para ser puesto así en ridículo por una persona que pone los ojos en los inferiores?

CLEOPATRA. — Mi buen señor...

ANTONIO. — Siempre habéis sido falsa; pero cuando nos sumimos en nuestras disposiciones viciosas —¡oh, qué miseria!— los justos dioses nos ciegan, apagan en nuestro fango la claridad de nuestro juicio, nos hacen adorar nuestros errores y se ríen de nosotros, mientras tropezamos con nuestra ruina.

CLEOPATRA. — ¡Oh! ¡Hemos llegado a esto!

ANTONIO. — Os encontré como un trozo de fiambre en el trinchero del difunto César; o, mejor dicho, erais las sobras de Cheo Pompeyo. Y no hablo de las cálidas horas, no registradas en el recuerdo del público, que os habéis pasado lujuriosamente, pues estoy seguro de que, aunque os sea posible sospechar qué es la conciencia, ignoráis lo que es.

CLEOPATRA. — ¡A qué todo eso?

ANTONIO. — ¡Dejar a un muchacho que va recibiendo propinas y diciendo: «Dios os lo pague», tomar familiaridades con vuestra mano, que es mi compa-

fiera de placer, con ese sello real y ese testigo de los grandes corazones! ¡Oh, que no estuviera sobre la colina de Basan para dominar con mis mugidos el rebaño de animales con cuernos! Pues esta cólera salvaje tiene justa causa; pero explicarla con calma sería tan difícil como para un hombre que tenga la soga al cuello agradecer al verdugo el tener la mano hábil con él. (*Vuelven a entrar las gentes del séquito con Tireo.*) ¡Está azotado?

PRIMER HOMBRE DEL SÉQUITO. — Firmemente, mi señor...

ANTONIO. — ¡Ha gritado y pedido perdón?

PRIMER HOMBRE DEL SÉQUITO. — Ha pedido gracia.

ANTONIO. — Si vive tu padre, que se arrepienta de no haber tenido una hija en tu lugar; siente seguir a César en su triunfo, puesto que has sido azotado por haberle seguido. Que desde ahora la blanca mano de una dama te cause fiebre y te estremecas mirándola. Retorna al lado de César; cuéntale tu recepción. Ve y dile hasta qué punto me ha irritado; porque se muestra hacia mí altivo y desdeñoso, y me trata según lo que soy, no según lo que sabe que era. Me irrita, y es muy fácil en este momento en que las buenas estrellas que me guiaban en otro tiempo han dejado sus órbitas vacías y lanzado sus fuegos al abismo del infierno. Si mi discurso y mi acción presentes le desagradan, dile que posee Hiparco, mi esclavo liberto, y que puede azotarle a su antojo, ahorrarle o torturarle, como mejor le plazca, para quedar en paz conmigo. Impúlsale a ello tú mismo. ¡Fuera de aquí con tu fustigación! ¡Lárgate! (*Sale Tireo.*)

CLEOPATRA. — ¡Habéis acabado ya?

ANTONIO. — ¡Ay, nuestra luna terrestre se ha eclipsado ahora, y sólo presagia la caída de Antonio!

CLEOPATRA. — Es preciso que me contenga.

ANTONIO. — Para halagar a César, ¡teníais necesidad de cambiar guiños con quien le ata sus agujetas?

CLEOPATRA. — ¡No me conocéis todavía?

ANTONIO. — Sé que tenéis un corazón de hielo para mí.

CLEOPATRA. — ¡Ah, querido! Si es así, que el cielo de mi corazón helado suelte granizo y le envenene en su fuente; que el primer pedrisco caiga sobre mi cuello, y que cuando se liquide, liquide mi vida. ¡Que el segundo alcance a Cesarión, y así sucesivamente hasta que todo recuerdo de mi descendencia y de mis bravos egipcios yazca sin sepultura bajo este huracán de granizo fundente, hasta que las moscas y mosquitos del Nilo les hayan sepultado haciendo de ellos su presa!

ANTONIO. — Me siento esperanzado. César se establece en Alejandría, donde lucharé contra su fortuna. Nuestras tropas terrestres han resistido noblemente; nuestras naves, dispersas, se reúnen de nuevo, y nuestra flota presenta un aspecto temible. ¡Dónde estabas, corazón mío? ¡Oyes, señora? Si regreso una vez más del campo de batalla para besar esos labios, aparceré todo sangrante; yo y mi espada conquistaremos nuestra crónica. Todavía hay esperanza.

CLEOPATRA. — ¡Éste es mi bravo señor!

ANTONIO. — Tendré triples nervios, triple corazón, triple aliento y combatiré sin piedad. Cuando la fortuna me era feliz y dulce, las gentes me rescataban sus vidas con una broma; pero ahora mantendré los

dientes cerrados, y enviaré al lugar de las tinieblas a todos aquellos que me pongan obstáculos. Vamos; tengamos otra noche de fiestas. Llamadme a todos mis capitanes entristecidos; llenad nuestras copas; una vez más burlémonos de la campana de medianoche.

CLEOPATRA. — Hoy es el aniversario de mi nacimiento; había pensado pasarlo tristemente; pero puesto que mi señor ha vuelto a ser Antonio, seré Cleopatra.

ANTONIO. — ¡Todavía lo pasaremos bien!

CLEOPATRA. — Llamad ante mi señor a todos sus nobles capitanes.

ANTONIO. — Hacedlo, quiero arengarles; y esta noche forzaré al vino a que rezume por sus cicatrices. Vamos, reina mía; aún me queda savia. La primera vez que combata, obligaré a la muerte a amarme porque he de rivalizar casi con su guadaña pestilente. (*Salen todos, menos Enobarbo.*)

ENOBARBO. — Ahora va a exceder al rayo. Estar furioso es no tener miedo, a fuerza de tenerlo, y en este estado, la paloma dará picotazos al halcón (1). Veo que nuestro capitán restaura siempre su corazón con lo que pierde de cerebro; cuando el valor devora a la razón, ésta se traga la espada con que pelea. Voy a buscar algún medio de abandonarle. (*Sale.*)

(1) *Estridge*, en el texto. Onions cree que *estridge* es igual que *goshawk*, halcón, a tenor de lo cual vertemos. Sin embargo, ¿no habrá querido aludir Shakespeare al gavilán o *sparrow-hawk*?

## A C T O C U A R T O

### ESCENA I

El campamento de César delante de Alejandría

*Entran CÉSAR, leyendo una carta; AGRIPA, MECENAS y otros*

CÉSAR. — Me llama niño y me riñe, como si tuviese poder para echarme de Egipto; ha hecho vapulear con varas a mi mensajero y me desafía a combate personal. ¡César contra Antonio! Que el viejo rufián sepa que tengo otras maneras de morir; entre tanto, me río de su desafío.

MECENAS. — César debe pensar que cuando alguien tan eminente comienza a encolerizarse, es impulsado a los excesos hasta que cae. No le dejéis recobrar aliento, sino tomad ahora ventaja de su locura. Jamás la cólera hizo buena guarda de sí misma.

CÉSAR. — Que nuestros principales jefes sepan que mañana tenemos intención de librarnos de tantas batallas. En el seno de nuestras filas hay antiguos servidores de Marco Antonio que bastan para cogerle. Dad una fiesta al ejército; tenemos sobradas provisiones, y los soldados han merecido que se les trate con miramiento. ¡Pobre Antonio! (*Salen.*)

## ESCENA II

Alejandría. — Una sala del palacio

*Entran ANTONIO, CLEOPATRA, ENOBARBO, CARMIANA, IRAS, ALEJAS y otros*

ANTONIO. — ¿No quiere batirse conmigo, Domicio?

ENOBARBO. — No.

ANTONIO. — ¿Por qué no quiere?

ENOBARBO. — Piensa que teniendo una fortuna veinte veces mayor, vale por veinte hombres contra uno solo.

ANTONIO. — Mañana, soldado, combatiré por tierra y por mar. O viviré o, al morir, entregaré mi vida a mi honor, dándole un baño de sangre. ¡Combatirás bien?

ENOBARBO. — Pelearé gritando: «¡No hay cuartel!»

ANTONIO. — Bien dicho; adelante. Llamad a los criados de mi casa; seamos magníficos en nuestra comida de esta noche. (*Entran los Criados.*) Dame tu mano; has sido austera mente honrado; y tú también...; y tú, y tú. Me habéis servido bien, y los reyes han sido vuestros compañeros.

CLEOPATRA. — (*A parte a Enobarbo.*) ¡Qué significa eso?

ENOBARDO. — (*A parte a Cleopatra.*) Es uno de esos caprichos extraños que el pesar hace surgir del alma.

ANTONIO. — Y tú eres honrado también. Quisiera estar multiplicado en tantos hombres como sois, y que vosotros no formaseis más que un Antonio, a fin de serviros tan lealmente como me habéis servido.

CRÍADOS. — ¡Los dioses lo impidan!

ANTONIO. — Vamos, mis buenos amigos; servidme esta noche. No escatiméis mis copas, y tened para mí las mismas atenciones que cuando mi imperio era vuestro camarada y obedecía como vosotros a mis órdenes.

CLEOPATRA. — (*A parte a Enobarbo.*) ¡Qué intenciones tiene?

ENOBARBO. — (*A parte a Cleopatra.*) Hacer llorar a sus criados.

ANTONIO. — Servidme esta noche; quizá sea el término de vuestra obediencia; probablemente no me veréis más, o, si me veis, sea la sombra mutilada de mí mismo. Tal vez mañana sirváis a otro dueño. Os contemplo como un hombre que está de despedida. Mis honrados amigos, no os licencio; al contrario, como un amo enlazado con vuestro servicio, no os abandono hasta la muerte. Servidme dos horas esta noche, no os pido más, y que los dioses os recompensen.

ENOBARBO. — ¡En qué pensáis, señor, haciendoles pasar este disgusto? Mirad, lloran, y mis ojos mismos, como los de un asno, tienen el aspecto de haber sido frotados con cebolla. Por pudor, no nos metamorfoseemos en mujeres.

ANTONIO. — ¡Oh, oh, oh! ¡Que las brujas me lleven, si yo abrigaba esa intención! ¡Crecza la gracia donde caen esas gotas! Mis cordiales amigos, tomáis mis palabras en un sentido demasiado doloroso; porque os hablaba para infundiros valor, para expresaros el deseo de veros consumir esta noche al fulgor de las antorchas. Sabed, queridos corazones míos, que auguro albricias para el mañana, y que espero condu-

ciros más bien a una vida victoriosa que a una muerte asociada al honor. Vamos a cenar. Venid y ahoguemos toda preocupación en la embriaguez. (*Salen.*)

## ESCENA III

Alejandría. — Delante del palacio

*Entran dos Soldados, que vienen a montar la guardia*

PRIMER SOLDADO. — Buenas noches, hermano. Mañana es el gran día.

SEGUNDO SOLDADO. — Lo que decidirá las cosas en un sentido o en otro. Que lo paséis bien. ¡No habéis oído nada extraño por las calles?

PRIMER SOLDADO. — Nada. ¿Qué novedades hay?

SEGUNDO SOLDADO. — Quizá no sea más que un rumor. Buenas noches.

PRIMER SOLDADO. — Pues bien; buenas noches, amigo. (*Entran otros dos Soldados.*)

SEGUNDO SOLDADO. — Soldados, haced una guardia atenta.

TERCER SOLDADO. — Y vos lo mismo. Buenas noches, buenas noches. (*El Primero y el Segundo soldado se dirigen a sus puestos.*)

CUARTO SOLDADO. — Aquí es nuestro puesto. (*Ocupan sus puestos.*) Si mañana ayuda la suerte a nuestra flota, tengo la absoluta convicción de que nuestras tropas resistirán bien.

TERCER SOLDADO. — Es un bravo ejército y lleno de ímpetus. (*Música de oboes bajo tierra.*)

CUARTO SOLDADO. — ¡Silencio! ¿Qué ruido es ése?

PRIMER SOLDADO. — ¡Escuchad, escuchad!

SEGUNDO SOLDADO. — ¡Chitón!

PRIMER SOLDADO. — ¡Música en el aire!

TERCER SOLDADO. — ¡Bajo tierra!

CUARTO SOLDADO. — Buen signo, ¡no es eso!

TERCER SOLDADO. — No.

PRIMER SOLDADO. — ¡Silencio, digo! ¡Qué podrá significar esto?

SEGUNDO SOLDADO. — Es el dios Hércules, que amaba a Antonio, y que le abandona en este momento. (*Avanzan hacia el otro puesto.*) ¡Hola, camaradas!

LOS SOLDADOS. — (*Hablando todos a la vez.*) ¡Qué hay? ¡Qué hay? ¡No oís?

PRIMER SOLDADO. — Sí; ¡no es extraño!

TERCER SOLDADO. — ¡Oís, camaradas, oís?

PRIMER SOLDADO. — Sigamos el rumor tan lejos como nos sea posible. Veamos. ¡En qué parará?

LOS SOLDADOS. — (*Hablando en conjunto.*) Con mucho gusto... ¡Es extraño!

## ESCENA IV

Alejandría. — Delante del palacio

*Entran ANTONIO y CLEOPATRA, CARMIANA, IRAS y otras personas de servicio*

ANTONIO. — ¡Eros, mi armadura, Eros!

CLEOPATRA. — Dormid un poco.

ANTONIO. — No, polluela mía. ¡Eros, Rega, mi armadura, Eros! (*Entra Eros con una armadura.*) Avanza, mi buen muchacho; ponme la armadura. Si la fortuna no nos es hoy propicia, será porque la retaremos... Vamos.

CLEOPATRA. — Quiero ayudaros yo también. ¡Para qué sirve esto?

ANTONIO. — ¡Oh, deja, deja eso! Tú, tú eres el armero de mi corazón. Muy mal, muy mal; déjalo, déjalo.

CLEOPATRA. — Te ayudaré poquito a poco. Esto debe de ponerse, probablemente, así.

ANTONIO. — Bien, bien. ¡Tenemos que triunfar! Vamos, buen mozo; ve a equiparte.

EROS. — Inmediatamente, señor.

CLEOPATRA. — ¿No está bien abrochada?

ANTONIO. — Extremadamente bien, extremadamente bien. Quien la desabroche antes de que nos plazca quitárnosla para nuestro reposo, sufrirá un rudo asalto. Tus dedos maniobran mal, Eros, y mi reina es un escudero más hábil que tú. ¡Date prisa! ¡Oh amor mío, si pudieses ver mi batalla de hoy y si supieses qué ocupación real es ésa! Verías un famoso obrero en la tarea. (Entra un Oficial armado.) Buenos días a ti. Sé bien venido. Tienes cara de hombre que sabe lo que es una carga guerrera. Nos levantamos temprano para ir a la faena que nos place, y nos entregamos a ella con alegría.

OFICIAL. — Aunque sea temprano, ya están otros mil revestidos de su equipo de guerra y os esperan en el puesto, señor. (Trompetería y aclamaciones en el exterior. Entran otros Oficiales y Soldados.)

SEGUNDO OFICIAL. — La mañana está hermosa. Buenos días, general.

TODOS. — Buenos días, general.

ANTONIO. — Bella música es la vuestra, hijos míos. Esta alborada, parecida al espíritu de un joven que

aspira a llegar a ser ilustre, comienza temprano. Así, así; vamos, dadme eso. De este lado...; está bien. Sed dichosa, señora, ocurra lo que ocurra. Este beso es el de un soldado. (La besa.) Detenerse ahora en más largos cumplidos sería digno de reproche y me haría merecer justas censuras; debo abandonarte como cumple a un hombre de acero. Vosotros, los que deseáis combatir, seguidme; voy a llevarlos al campo de batalla. Adiós. (Salen ANTONIO, los Oficiales y los Soldados.)

CARMIANA. — ¡Os agradaría retiraros a vuestro aposento?

CLEOPATRA. — Llévame. Se aleja con aire muy valiente. ¡Oh, que no puedan él y César decidir esta gran guerra en combate singular! Entonces Antonio...; pero ahora...; bien, marchemos. (Salen.)

## ESCENA V

El campamento de Antonio cerca de Alejandría

Suenan las trompetas. Entran ANTONIO y EROS; un SOLDADO viene a su encuentro

SOLDADO. — ¡Los dioses hagan que este día sea feliz para Antonio!

ANTONIO. — ¡Ojalá que tú y tus heridas me hubieras persuadido a combatir en tierra!

SOLDADO. — Si hubieras obrado así, los reyes que se han rebelado y el soldado que te abandonó esta mañana seguirían aún tras tus talones.

ANTONIO. — ¿Quién ha partido esta mañana?

SOLDADO. — ¿Quién? Alguien que te tenía muy cerca. Llama a Enobarbo; no te escuchará; o te gritará desde el campamento de César: «No soy de los tuyos.»

ANTONIO. — ¿Qué dices?

SOLDADO. — Está con César, señor.

EROS. — Señor, no se llevó con él sus cajas ni su tesoro.

ANTONIO. — ¡Ha partido!

SOLDADO. — Nada más cierto.

ANTONIO. — Anda, Eros; envíale su tesoro; hazlo; no retengas un ápice, te lo ordeno. Escríbele —yo la firmaré— una carta de felicitaciones y amables despedidas; dile que deseo que no tenga nunca más causa para cambiar de amo. ¡Oh, mi mala suerte ha corrompido a los hombres honrados! Date prisa... ¡Enobarbo! (Sale.)

#### ESCENA VI

El campamento de César delante de Alejandría

Trompetería. Entra CÉSAR con AGRIPA, ENOBARBO y otros

CÉSAR. — Avanza, Agripa, y entabla combate. Nuestra voluntad es que Antonio sea cogido vivo; hazlo saber.

AGRIPA. — César, así se hará. (Sale.)

CÉSAR. — El tiempo de la paz universal está próximo; que este día sea un día próspero, y el mundo, en los tres ángulos, llevará libremente el ramo de oliva. (Entra un Mensajero.)

MENSAJERO. — Antonio ha llegado al campo de batalla.

CÉSAR. — Andad, decid a Agripa que coloque en la vanguardia a los que han desertado, a fin de que Antonio aparezca desahogando su cólera en sí mismo. (Salen todos, excepto Enobarbo.)

ENOBARBO. — Alejas ha hecho traición; se había trasladado a Judea por asuntos de Antonio; allí ha persuadido al poderoso Herodes a que debía inclinarse del lado de César y abandonar a su amo Antonio. En pago de ello, César le ha mandado ahorcar. Canidio y los otros que han hecho defeción, tienen empleos, pero no gozan de ninguna honorable confianza. He obrado mal, y de ello me acuso tan amargamente, que desde ahora no conoceré más alegría. (Entra un Soldado del ejército de César.)

SOLDADO. — Enobarbo: Antonio te envía tu tesoro, con otros testimonios de su generosidad. El mensajero ha llegado bajo mi custodia, y se ocupa ahora en descargar sus mulas en mi tienda.

ENOBARBO. — Te lo regalo todo.

SOLDADO. — No bromeéis, Enobarbo. Os digo la verdad. Haréis bien en poner a seguro al portador fuera del campamento; yo mismo le hubiera escoltado, si no tuviera que cumplir mi consigna. Vuestro emperador continúa siendo un Júpiter. (Sale.)

ENOBARBO. — Soy el mayor villano del mundo y comprendo mi infamia. ¡Oh Antonio, mina de generosidad! ¿A qué precio no habrías pagado mis buenos servicios, ya que das a mi ignominia una corona de oro? Se me hincha el corazón, y si este rápido remordimiento no basta para destrozarme, un medio más rápido se adelantará al pensamiento, destruyéndole; pero el remordimiento será suficiente, a lo que juzgo. ¡Yo combatir contra ti! No; buscaré alguna fosa para morir; la más inmunda es la que mejor conviene a la última parte de mi vida. (Sale.)

## ESCENA VII

Un campo de batalla entre los dos campamentos

*Alarmas. Tambores y trompetas. Entran AGRIPA y otros*

AGRIPA. — Retirémonos; nos hemos aventurado demasiado. César mismo ha tenido que combatir, y el peso que nos hace sostener excede lo que esperábamos.

(*Salen. Alarmas. Entran Antonio y Escaro, herido.*)

ESCARO. — ¡Oh mi bravo emperador! ¡Eso es combatir! Si hubiésemos combatido así desde el principio, habríamos penetrado en su campo, pasando sobre sus cabezas.

ANTONIO. — Tu sangre corre en oleadas.

ESCARO. — Tenía una herida como una T; pero ahora es como una H.

ANTONIO. — Se retiran.

ESCARO. — Les empujaremos hasta sus agujeros de ratas. Aun tengo sitio en mi cuerpo para seis cuchilladas. (*Entra Eros.*)

EROS. — Están batidos, señor, y nuestra ventaja puede pasar por una magnífica victoria.

ESCARO. — Escopleémosles la retaguardia y atrapémosles como atrapamos a las liebres, por detrás; es un placer zurrar a un fugitivo.

ANTONIO. — Te recompensaré una vez por la viva manera con que animas mi corazón, y diez veces por tu valor, valor sin segundo. Ven conmigo.

ESCARO. — Os sigo cojeando. (*Salen.*)

## ESCENA VIII

Bajo los muros de Alejandría

*Escaramuza. Entran ANTONIO, en marcha; ESCARO y sus fuerzas*

ANTONIO. — Le hemos rechazado hasta su campamento. Que alguien corra delante e informe a la reina de nuestras proezas. Mañana, antes de que el sol nos contemple, verteremos la sangre que se nos ha escapado hoy. Os doy gracias a todos; pues, robustos de brazo, habéis combatido, no como gentes que sirven una causa común, sino como si esta causa fuese la de cada uno de vosotros, y no la mía; os habéis mostrado tan grandes como Héctores. Entrad en la ciudad, besad a vuestras mujeres, a vuestros amigos, narradles vuestros altos hechos mientras ellos, con lágrimas de gozo, lavarán la sangre cuajada en la superficie de vuestras heridas y curarán con sus besos vuestras cuchilladas de honor. (*Entra Cleopatra con su séquito. A Escaro.*) Dame tu mano, quiero alabar tus acciones ante esta gran hechicera y atraer hacia ti la dicha de sus agradecimientos. ¡Oh tú, luz del mundo, enlaza con tus brazos mi cuello, recubierto de la armadura! ¡Salta hasta mi corazón, atravesando coraza y todo, y triunfa allí, asentándote sobre mi corazón, palpitante de alegría!

CLEOPATRA. — ¡Señor de los señores! ¡Oh, heroísmo sin medida! ¡Regresas así, con la sonrisa en los labios, sin quedar apresado en el gran lazo del mundo?

ANTONIO. — Ruiñor mío, les hemos mandado a sus lechos a toda prisa. ¡Ea, ea!, querida, aunque algunos matices grises se mezclen al oscuro más joven de nuestra cabellera, todavía tenemos un cerebro que nutre nuestros nervios y podemos competir en velocidad con los jóvenes para alcanzar el objetivo. Contempla a este hombre; concede a sus labios el favor de tu mano; bésala, guerrero mío. Ha combatido hoy como si un dios que odiara al género humano hubiese tomado como objeto de su encarnizamiento a los hombres.

CLEOPATRA. — Te daré una armadura de oro, amigo; era de un rey.

ANTONIO. — La ha merecido, incluso resplandeciente de diamantes como el carro del divino Febo. Dame tu mano. Hagamos, a través de Alejandría, una marcha alegre. Llevemos nuestros escudos abollados a euchilladas como los que los llevan. Si nuestro gran palacio fuera lo bastante vasto para permitir a nuestro ejército acampar en él, cenaríamos todos juntos y beberíamos a grandes tragos por la suerte del día de mañana, que nos promete un peligro real. ¡Trompetas, ensordeced el oído de la ciudad con vuestro estrépito de bronce! ¡Mezclad ese estrépito al rataplán de vuestros tambores, de suerte que el cielo y la tierra trepiden a la vez y aplaudan nuestra aproximación! (Salen.)

## ESCENA IX

El campamento de César

CENTINELAS *en sus puestos*

PRIMER SOLDADO. — Si no se nos releva de aquí a una hora, volveremos al cuerpo de guardia. La noche está clara, y se dice que nos alinearemos en batalla a la segunda hora matutina.

SEGUNDO SOLDADO. — La última jornada nos ha sido cruel. (*Entra Enobarbo.*)

ENOBARBO. — ¡Oh noche!, séme testigo...

TERCER SOLDADO. — ¡Quién es ese hombre?

SEGUNDO SOLDADO. — Mantengámonos cerca y eschémosle.

ENOBARBO. — ¡Oh luna divina, cuando la historia persiga a los traidores con un recuerdo odioso, séme testigo de que el pobre Enobarbo se arrepintió ante tu faz!

PRIMER SOLDADO. — ¡Enobarbo!

TERCER SOLDADO. — ¡Silencio! Continuemos escuchando.

ENOBARBO. — ¡Oh soberana señora de la verdadera melancolía! Vierte sobre mí la humedad pestilante de la noche, a fin de que la vida, que aletea contra mi voluntad, no se obstine más en adherirse a mí; arroja mi corazón contra la dura piedra de mi falta, para que se reduzca a polvo, ya que está seco de dolor, y acabe con todos los innobles pensamientos. ¡Oh Antonio! ¡Eres más noble que infame es mi rebeldía; perdóname en el secreto de tu corazón, pero que el mundo

me clasifique en sus registros entre los desertores de sus amos y los tránsfugas! ¡Oh Antonio, oh Antonio! (Muere.)

SEGUNDO SOLDADO. — Hablémosle.

PRIMER SOLDADO. — Escuchémosle, porque las cosas que dice pueden interesar a César.

TERCER SOLDADO. — Sí; eso es. Pero duerme.

PRIMER SOLDADO. — Más bien se ha desmayado, pues una oración tan mala como la suya jamás conduce al sueño.

SEGUNDO SOLDADO. — Adelantémonos a él.

TERCER SOLDADO. — ¡Despertaos, señor; despertaos! ¡Háblanos!

SEGUNDO SOLDADO. — ¡Oís, señor?

PRIMER SOLDADO. — ¡Le ha cogido la mano de la muerte! (*Tambores en la lejanía.*) ¡Escuchad! Los tambores despiertan a los durmientes con sus graves sonoridades. Llevémoslo al cuerpo de guardia; es un hombre de nota. Nuestra hora ha quedado enteramente cumplida.

TERCER SOLDADO. — Marchemos, entonces; aún puede volver en sí. (*Salen, llevándose el cuerpo.*)

#### ESCENA X

Un terreno entre los dos campamentos

*Entran Antonio y Escaro con fuerzas en marcha.*

ANTONIO. — Sus preparativos los hacen hoy por mar; no les agradamos en tierra,

ESCARO. — Hacen sus preparativos en la tierra y en el mar, señor.

ANTONIO. — Quisiere que pudiésem combatiir en el fuego o en el aire; les combatiiríamos allí también. Pero las cosas se han arreglado así; nuestra infantería permanecerá con nosotros en las colinas adyacentes a la ciudad. Se han dado órdenes para un combate en el mar. Su flota ha salido del puerto. Desde las colinas podremos discernir mejor qué medidas han tomado y sorprender sus maniobras. (*Salen. Entrarán César con sus fuerzas en marcha.*)

CÉSAR. — A menos que seamos atacados, no haremos ningún movimiento en tierra, y, si bien juzgo, no tendremos que hacerlo, pues sus principales tropas han ido a tripular sus galeras. ¡A los valles, y conservemos la posición más ventajosa! (*Salen. Vuelven a entrar Antonio y Escaro.*)

ANTONIO. — No han operado su unión todavía; desde donde se alza aquel pino podré descubrirlo todo. Vuelvo al instante para decirte cómo van a desarrollarse probablemente las cosas. (*Sale.*)

ESCARO. — Las golondrinas han fabricado sus nidos en las naves de Cleopatra. Los augures dicen que no comprenden..., que no pueden decir; tienen una fisonomía ensombrecida, y no osan decir lo que saben. Antonio está a la par valiente y abatido, y su zarandada fortuna le da, mediante sobresaltos febriles, ya la esperanza, ya el temor de lo que tiene y de lo que no tiene. (*Alarma a lo lejos, como de combate en el mar. Vuelve a entrar Antonio.*)

ANTONIO. — ¡Todo está perdido! ¡Esa inmóvil egipcia me ha traicionado! Mi flota ha cedido al enemigo; y allí están todos juntos arrojando sus yugos al aire y desinteresándose de su amada tierra enemiga.

¡Triple puta! Tú eres quien me ha vendido a este nuncio; mi corazón no está en guerra más que contigo sola. ¡Ordenadles a todos que huyan! Cuando me haya vengado de la hechicera, ya nada tendré que hacer. ¡Que se pongan todos a salvo! ¡Parte! (*Sale Escaro.*) ¡Oh sol; no veré más tu salida! La fortuna y Antonio se separan aquí. Sí; aquí mismo nos damos el último apretón de manos. Los corazones que me seguían los talones como sabuesos, cuyas promesas había yo colmado, se funden y dejan caer su dulzor sobre el floreciente César. ¡Y ha sido descortezado este pino que les dominaba a todos! ¡Estoy traicionado! ¡Oh, esa alma embustera de egipcia! ¡Esa fatal hechicera, cuyos ojos daban la señal de mis guerras y el toque de mis retiradas, cuyo seno era mi corona, mi bien supremo, como una verdadera egipcia que es, por la sutileza de su falso juego, me hunde al fin en el fondo de la ruina! ¡Eh, Eros, Eros! (*Entra Cleopatra.*) ¡Ah bruja; atrás!

CLEOPATRA. — ¡Por qué está furioso mi señor contra su bien amada!

ANTONIO. — ¡Desaparece o te daré tú merecido, empañando así el triunfo de César! Que se apodere de tí y te alce como espectáculo ante los plebeyos, entre atronadoras aclamaciones. Sigue su carro, como la más grande mancha viviente de todo tu sexo; ser más que monstruoso, sé mostrado por las más pobres retribuciones, por algunos óbolos; y que la paciente Octavia labre tu rostro con sus uñas bien preparadas. (*Sale Cleopatra.*) Has hecho bien en partir, si has de vivir; pero mejor hubiera sido que hubieses caído bajo mi furor, porque una sola muerte habría evitado mu-

chas. ¡Eros, hola! Llevo encima la túnica de Neso. ¡Alcides, oh tú, antepasado mío, enséñame tu furia; dame fuerza para lanzar a Licas a los cuernos de la Luna, y con estas manos, que han blandido tu pesada maza, aniquíllame dignamente! ¡Morirá la hechicera! Me ha vendido al jovenzuelo romano, y sucumbo bajo sus tramas; moriré por este hecho. ¡Eros, hola! (*Sale.*)

## ESCENA XI

Alejandría. — Una sala en el palacio

*Entran CLEOPATRA, CARMIANA, EROS y MARDIÁN*

CLEOPATRA. — ¡Socorro, mujeres mías! ¡Oh! Esté más loco que Telamón por su escudo; el jabalí de Tesalia no espuma nunca rabia semejante.

CARMIANA. — ¡Al monumento funerario! Encerraos allí y enviadle a decir que estáis muerta. El alma no se separa del cuerpo con más sufrimiento que el que experimenta la criatura humana cuando se separa de la grandeza.

CLEOPATRA. — ¡Al monumento funerario! Mardián, ve a decirle que me he matado; dile que la última palabra que he pronunciado ha sido «Antonio», y díselo, te lo ruego, con un tono afligido. Parte, Mardián, y ven a decirme cómo toma mi muerte. ¡Al monumento funerario! (*Sale.*)

## ESCENA XII

Otra sala del palacio

*Entran ANTONIO y EROS*

ANTONIO. — Eros, ¡me contemplas aún?

EROS. — Sí, noble señor.

ANTONIO. — A veces vemos una nube que parece un dragón; otras, un vapor que presenta la imagen de un oso o de un león, de una ciudadela guarneceda de torres, de una roca suspendida, de una montaña de doble cima, de un promontorio azul cubierto de árboles; esas imágenes se balancean por encima de nuestras cabezas y engañan nuestros ojos con una burla aérea. ¡Has visto esas imágenes? Son las mascaradas del véspero oscuro.

EROS. — Sí, mi señor.

ANTONIO. — Lo que ahora es un caballo, casi con la velocidad del pensamiento un jirón de nubes flotantes le borra y le hace indistinto, como el agua en el agua.

EROS. — Sí, señor.

ANTONIO. — Mi buen muchacho Eros; tu capitán sufre en este momento un fenómeno semejante. Heme aquí Antonio, y sin embargo, muchacho, no puedo conservar esta forma visible. He hecho estas guerras por el Egipto y la reina cuyo corazón creí tener, pues tenía el mío — mi corazón, que entonces me pertenecía y hubiera podido disponer de un millón de otros ahora perdidos—; la reina, Eros, ha falseado naipes con César, y ha trocado mi gloria por el triunfo de mi enemigo. Vamos; no llores, gentil Eros, aún estamos

aquí para poner fin a nuestros destinos. (*Entra Mardián.*) ¡Oh, tu vil amal! ¡Me ha robado mi espada!

MARDIÁN. — No, Antonio; mi ama te amaba y ha asociado hasta el final su fortuna a la tuya.

ANTONIO. — ¡Fuera de aquí, eunuco impúdico; silencio! Me ha traicionado y pagará su traición con la muerte.

MARDIÁN. — La muerte es una deuda que cada uno no paga sino una vez, y ha pagado esa deuda. Lo que pretendías hacer se ha hecho sin el auxilio de tu brazo. Las últimas palabras que ha pronunciado han sido: «¡Antonio, nobilísimo Antonio!» Entonces, mientras las pronunciaba, un suspiro desgarrador ha dividido el nombre de Antonio por la mitad entre su corazón y sus labios. Ha entregado la vida con tu nombre, sepultado así con ella.

ANTONIO. — ¡Está muerta, entonces?

MARDIÁN. — Muerta.

ANTONIO. — Desármame (1); Eros; la tarea de esta larga jornada se ha acabado y debemos dormir. (*A Mardián.*) Tente ampliamente pagado por tu mensaje, puesto que vuelves sano y salvo. Anda. (*Sale Mardián.*) Quita, quítame todo esto. El escudo de las siete envolturas de Ajax no podría contener las palpitations de mi corazón. ¡Oh, rompeos, costados! ¡Corazón mío, sé una vez más fuerte que tu habitación, haz estallar tu frágil estuchel! ¡Aprisa, Eros, aprisa! No soy más soldado, ¡Piezas rotas de mi armadura, adiós! ¡Habéis sido noblemente llevadas! Dójame algunos instantes. (*Sale Eros.*) Voy a reunirme conti-

(1) *Unarm, esto es, take off my armor.*

go, Cleopatra, e imploraré mi perdón. Así debe ser, pues ahora toda prolongación de la existencia es una tortura. Pues la antorcha está apagada, acostémonos y no nos extraviemos más. Ahora todo esfuerzo echaría a perder lo que emprendiese; si, la fuerza misma se enredaría en sus propios movimientos; pongamos, pues, el sello, y todo habrá acabado. ¡Eros! ¡Voy, reina mía! ¡Eros!... Espérame. iremos juntos a esos lugares donde las sombras se tienden sobre las flores, y cogiéndonos de la mano, atraeremos las miradas de todas las almas por la gracia de nuestra actitud. Dido y Eneas verán desierta su corte, y todo el concurso de manos se vendrá con nosotros. ¡Ven, Eros, Eros!

(Vuelve a entrar Eros.)

EROS. — ¿Qué quiere mi señor?

ANTONIO. — Desde que ha muerto Cleopatra, vivir es para mí tal deshonor que los dioses detestan mi bajeza. Yo, que con mi espada he partido el mundo, que con mis flotas construía ciudades sobre el lomo del verde Neptuno, me acuso de faltarme el valor de una mujer; mi alma es menos noble que la suya, que con su muerte acaba de decir a nuestro César: «He hecho la conquista de mí misma.» Me has jurado, Eros, que cuando la necesidad se presentara (y se presenta hoy verdaderamente), que cuando vieras detrás de mí la inevitable persecución de la desgracia y del horror, me matarías, según la orden que te diese. Mátame; ha llegado la hora ya; no es a mí a quien hieres, es de César del que triunfas. Llama el color a tus mejillas.

EROS. — ¡Los dioses me libren! ¡Voy a hacer lo que todos los dardos partos, aunque enemigos, no han conseguido realizar?

ANTONIO. — Eros, ¡quierrás mirar por una ventana de la gran Roma y ver a tu amo, con los brazos así cruzados, doblando la cerviz sometida, su rostro cubierto de una afrenta humillante, mientras el carro del feliz César, precediéndole, se mofaba de la bajeza del cautivo que seguiría tras sus ruedas?

EROS. — ¡No quisiera ver tal espectáculo!

ANTONIO. — Avanza entonces; pues por una herida debo curarme. ¡Saca tu honrada espada, que has llevado con utilidad por tu país!

EROS. — ¡Oh señor, perdonadme!

ANTONIO. — Al hacerte libre, ¡no juraste que ejecutarías esta orden cuando te la diera! Ejecútala sobre la marcha, o todos tus precedentes servicios no son para mí sino accidentes en que tu voluntad no tuvo parte. Saca tu espada y avanza.

EROS. — Desviad de mí, entonces, ese noble semblante donde se lee la majestad del mundo entero.

ANTONIO. — (Volviendo la cabeza.) ¡Ahí, así!

EROS. — Ya he sacado la espada.

ANTONIO. — Pues bien, ejecuta sin demora aquello para lo que la has sacado.

EROS. — Mi querido amo, mi capitán y mi emperador: antes de heriros con este golpe cruel, dejadme que os diga adiós.

ANTONIO. — De buen grado, amigo. Adiós.

EROS. — Adiós, gran general. ¡Hiero ya!

ANTONIO. — Ya, Eros.

EROS. — ¡Pues bien! ¡He aquí cómo escapo al dolor de la muerte de Antonio! (Se arroja sobre su espada y muere.)

ANTONIO. — ¡Tres veces ruás noble que yo mismo!

¡Oh valeroso Eros, me enseñas que soy yo quien debe hacer lo que no has podido realizar! Mi reina y Eros, con la valiente enseñanza de su ejemplo, han inscrito su nobleza antes que yo en el libro de la Historia. Pero yo seré el prometido de mi muerte y volaré a sus brazos como al lecho de una bien amada. Vamos... Eros, tu amo muere discípulo tuyo; de ti es de quien he aprendido a obrar así. (*Se arroja sobre su espada.*) ¡Cómo! ¡Todavía no muerto? ¡Todavía no muerto? ¡La guardia! ¡Hola! ¡Oh, acabadme! (*Entra Dercetas y una Guardia.*)

PRIMER GUARDIA. — ¡Qué ruido es ése?

ANTONIO. — He hecho mal mi labor, amigos. ¡Oh, acabad lo que he comenzado!

SEGUNDO GUARDIA. — ¡La estrella ha caído!

PRIMER GUARDIA. — Y el período de su carrera se ha acabado.

TODOS. — ¡Ay, desgracia!

ANTONIO. — Que el que me ame, me hiera a muerte.

PRIMER GUARDIA. — No seré yo.

SEGUNDO GUARDIA. — Ni yo.

TERCER GUARDIA. — Ni nadie. (*Salen los Guardias.*)

DERCETAS. — Tu muerte y tu fortuna dan a tus partidarios el aviso de huir. Con sólo mostrar esta espada a César y llevarle esta noticia me ganaré su favor. (*Entra Diómedes.*)

DIÓMEDES. — ¡Dónde está Antonio?

DERCETAS. — Aquí, Diómedes, aquí.

DIÓMEDES. — ¡Vive! ¿No quieras responderme, amigo? (*Sale Dercetas.*)

ANTONIO. — ¡Eres tú, Diómedes? Saca tu espada y dame un golpe suficiente para matarme.

DIÓMEDES. — Soberanísimo señor, mi dueña Cleopatra me envía a ti.

ANTONIO. — ¿Cuándo te ha enviado?

DIÓMEDES. — Hace un instante, señor.

ANTONIO. — ¿Dónde está?

DIÓMEDES. — Encerrada en un monumento fúnebre. Ha tenido un presentimiento de lo sucedido. Cuando vió que la suponíais en connivencia con César (cosa que no será jamás), y que vuestra rabia no podía apaciguararse, os hizo saber que estaba muerta; pero temiendo las consecuencias de este mensaje, me ha enviado a deciros la verdad, y he venido demasiado tarde, me temo.

ANTONIO. — Demasiado tarde, mi buen Diómedes. Llama a mi guardia, te lo ruego.

DIÓMEDES. — ¡Hola, eh! ¡La guardia del emperador! ¡Hola, eh! ¡La guardia! ¡Venid; vuestro señor llama! (*Entran algunos Guardias.*)

ANTONIO. — Mis buenos amigos, llevadme donde esté Cleopatra; es el último servicio que os mandaré.

PRIMER GUARDIA. — Tristes, tristes estamos, señor, de que no podáis sobrevivir a todos vuestros fieles partidarios.

TODOS. — ¡Ah dolorosísimo día!

ANTONIO. — Vamos, mis buenos camaradas; no déis al destino cruel el gusto de honrarle con vuestro dolor. Desead la bienvenida a la suerte que viene a castigar-nos; nosotros la castigamos a nuestra vez cuando parece que la llevamos despreciosamente. Levantadme; os he guiado con frecuencia; llevadme vosotros ahora, mis buenos amigos, y recibid todos mis agradecimientos. (*Salen llevando a Antonio.*)

*Seminario de Drama*

*Colección*

*Francisco (Paco) Prado*

## ESCENA XIII

Alejandría. — Un monumento funerario

*Entran en las cámaras superiores Cleopatra, Carmiana e Iras*

CLEOPATRA. — ¡Oh Carmiana! No saldré jamás de aquí.

CARMIANA. — Querida señora, dejaos consolar.

CLEOPATRA. — No; no quiero. Todos los acontecimientos terribles e inesperados son bien venidos, pero despreciamos los consuelos. El tamaño de nuestro dolor, para guardar proporción con su causa, debe ser tan grande como lo que engendra. (*Entra Diómedes en la base del monumento.*)

CLEOPATRA. — ¡Hola! ¿Qué noticias hay? ¡Ha muerto?

DIÓMEDES. — Tiene la muerte encima; pero no ha muerto. Mirad del otro lado de vuestro monumento; su guardia le ha llevado allí. (*Entra en la base del monumento Antonio llevado por sus Guardias.*)

CLEOPATRA. — ¡Oh sol, calcina la gran esfera en que te mueves! ¡Tinieblas, cubrid eternamente la orilla cambiante del mundo! ¡Oh Antonio, Antonio, Antonio! ¡Auxilio, Carmiana, auxilio! ¡Iras, auxilio! ¡Auxilio, abajo, amigos míos! ¡Cémosle aquí!

ANTONIO. — ¡Silencio! No es el valor de César el que ha derribado a Antonio, sino el valor de Antonio el que triunfa de sí mismo.

CLEOPATRA. — Tenía que ser así. Nadie sino Antonio podía vencer a Antonio. Pero ¡qué desgracia que haya sucedido!

ANTONIO. — ¡Muero, reina de Egipto, muero! Tan sólo vengo aquí a importunar un instante a la muerte, para que aguardo hasta que, de tantos besos como he posado en tus labios, te dé el misero último.

CLEOPATRA. — No me atrevo, querido — querido señor, perdón —; no me atrevo a descender por miedo a que me apresen. El triunfo orgulloso de ese César, favorito de la Fortuna, no se adornará jamás con la joya de mi persona; si los puñales, los venenos, las serpientes tienen punta, efecto, aguijón, estoy segura. Vuestra esposa Octavia, de miradas gazmoñas y de invariable prestancia, jamás tendrá el honor de insultarme con su desdén. Pero, ven, ven, Antonio; ayudadme, mujeres mías; vamos a izarle aquí; ayudadnos, buenos amigos.

ANTONIO. — ¡Oh, aprisa, o me muero!

CLEOPATRA. — Ved aquí un ejercicio, a fe mía. ¡Cuánto pesa mi señor! Todas nuestras fuerzas han quedado agotadas por el abatimiento; esto es lo que se añade al peso. Si yo tuviera el poder de la gran Juno, Mercurio el de las fuertes alas te llevaría y te colocaría al lado de Júpiter. Pero, ven aquí un poco; lo que hacen los descos; están siempre locos. ¡Oh, ven, ven, ven! (*Izan a Antonio a la alta del monumento.*) ¡Oh, sed bien venido, sed bien venido! ¡Muere donde viviste! ¡Resucita bajo mis besos! ¡Oh, si mis labios tuvieran ese poder, los gastaría así en este servicio!

TODOS. — ¡Triste espectáculo!

ANTONIO. — ¡Muero, reina de Egipto, muero! Dame un poco de vino y permítetme hablar un instante.

CLEOPATRA. — ¡No; déjame hablar a mí! Dójame blasfemar tan alto, que esa cinbustera ama de Ra-

ves, la Fortuna, irritada de mis insultos rompa su rueda.

ANTONIO. — Una palabra, amada reina: buscad cerca de César vuestro honor y vuestra seguridad. ¡Oh!

CLEOPATRA. — Las dos cosas no van juntas.

ANTONIO. — Amada gentil, oídme. Entre las personas que rodean a César, no os fiéis sino de Proculeyo.

CLEOPATRA. — Me fiaré de mi sola resolución y de mis solas manos, pero no de ninguno de los que rodean a César.

ANTONIO. — No deploréis ni os apene el miserable cambio de fortuna que termina mi carrera; sino que más bien plazca a vuestros pensamientos nutrirse con el recuerdo de mi antigua suerte, cuando yo era el príncipe más grande del mundo, que vivió como el más noble; que os plazca pensar que no muero ruinamente, que no entrego cobardemente mi casco a mi compatriota, sino que, romano, soy valientemente vencido por un romano. Ahora, mi alma me abandona; no puedo más.

CLEOPATRA. — ¡Oh el más noble de los hombres! ¿Deseas morir? ¿No te cuidas de mí? ¡Quedaré en este triste mundo que, tú ausente, no vale más que un establo! ¡Oh, mirad, mujeres mías! ¡La diadema del mundo se funde! (*Antonio muere.*) ¡Mi señor! ¡Oh! ¡Marchita está ahora la guirnalda de la guerra! ¡Caída la estrella polar de los soldados! Los mozalbetes y las muchachas están ahora al nivel de los hombres; los seres incomparables no existen ya; y nada queda de notable bajo el impulso (1) de la luna. (*Se desmaya.*)

(1) *Visilinc*, en el texto, que aquí vale *fiel*, movimiento, acción, impulso, como en *Macbeth* (acto I, esc. vi) *comparatively visilincs of nature*.

CARMIANA. — ¡Oh, calma, señora!

IRAS. — ¡Está muerta también nuestra soberana!

CARMIANA. — ¡Reina!

IRAS. — ¡Señora!

CARMIANA. — ¡Oh señora, señora, señora!

IRAS. — ¡Reina de Egipto, emperatriz!

CARMIANA. — ¡Silencio, silencio, Iras!

CLEOPATRA. — No más tiempo reina, sino simple mujer y dominada por las mismas pobres pasiones que dominan a la lechera que efectúa las faenas más humildes. Tendría derecho a arrojar mi estro a los dioses insultantes, a decirles que este mundo igualaba al suyo, antes de que nos hubiesen robado nuestra joya. Todo es ya nada; la paciencia es tontería, y la impaciencia se convierte en un perro loco de rabia. En estas condiciones, ¡es un crimen precipitarse en la secreta morada de la muerte, antes de que la muerte ose venir a nos! ¡Cómo os halláis, mujeres! ¡Vamos, vamos, mucho valor! ¡Cómo! ¡Qué es eso, Carmiana? ¡Nobles damas mías! ¡Oh mujeres, mujeres, mirad; nuestra lámpara está extinguida, está apagada! Buenos señores, tened valor. Vamos a hacerla sepultar; y después de esta resolución, lo que es noble, lo que es valeroso, lo ejecutaremos a la soberana manera romana y nos entregaremos a la muerte, que se envanecerá de recibirnos. Partamos. La envoltura de esta alma grande está ahora fría. ¡Ah mujeres, mujeres mías! Partamos; no tenemos ya otros amigos que la fuerza de la resolución y más rápido fin. (*Salen. Se llevan el cuerpo de Antonio.*)

## A C T O Q U I N T O

### ESCENA I

El campamento de César delante de Alejandría

*Entran CÉSAR, AGRIPA, DOLABELLA, MECENAS, GALO,  
PROCULEYO y otros*

CÉSAR. — Ve a buscarle, Dolabella, mándale que se entregue; dile que, reducido como está a los extremos, los retardos que pone para rendirse son burlas a costa nuestra.

DOLABELLA. — Voy allá, César. (*Sale, Entra Dercetas con la espada de Antonio.*)

CÉSAR. — ¡Qué significa esto! ¡Y quién eres tú, que osas presentarte de este modo ante nos!

DERCETAS. — Se me llama Dercetas; he servido a Marco Antonio, el hombre más digno de ser el mejor servido. En tanto que estuve en pie y habló, fué mi amo, y gasté mi vida en emplearla contra sus enemigos. Si te place tomarme a tu servicio seré para César lo que fui para Antonio; si no te place, te entrego mi vida.

CÉSAR. — ¿Qué es lo que dices?

DERCETAS. — Digo, César, ¡oh César!, que Antonio ha muerto.

CÉSAR. — El derrumamiento de una cosa tan grande debió haber producido mayor estrépito. El redon-

do mundo debía sacudir los leones en las calles ciudadanas y arrojar a los ciudadanos en los cubiles de los leones. La muerte de Antonio no es la de un simple individuo; en este nombre estaba encerrada la mitad del mundo.

DERCETAS. — Ha muerto, César; no por la mano de un ministro público de la justicia, ni por un puñal mercenario; sino la mano misma que escribía en honor de su dueño sobre los actos que llevaba a cabo es la que ha perforado su corazón, con todo el valor que éste podía prestarle. Aquí está su espada; la he robado de su herida; contempladla, manchada con su nobilísima sangre.

CÉSAR. — ¡Parecéis tristes, amigos! ¡Castiguenme los dioses, si no son esas noticias para hacer que lloren los ojos de los reyes!

AGRIPA. — Y es verdaderamente extraño que la naturaleza nos fuere a llorar por aquellos actos nuestros que hemos perseguido con la mayor tenacidad.

MECENAS. — En él se equilibraban sus defectos y sus méritos.

AGRIPA. — Nunca espíritu más raro sirvió de piloto a la humanidad. Pero vosotros, ¡oh dioses!, nos dais algunos defectos para rebajarnos al estado de hombres... César está conmovido.

MECENAS. — Teniendo ante sí un espejo tan vasto, forzoso es que se mire en él.

CÉSAR. — ¡Oh Antonio! Hasta este punto te he perseguido; pero sangramos nuestros cuerpos para echar fuera de ellos las enfermedades. Era absolutamente preciso que yo te diese el espectáculo de semejante día de declinación o que asistiese al tuyo;

no había sitio bastante para nosotros dos en la extensión del universo. Sin embargo, déjame depollar con lágrimas tan reales como la sangre del corazón, ¡oh tú, mi hermano!, mi colega en la combinación de toda empresa, mi asociado en el Imperio, mi amigo y mi compañero a la cabeza de las legiones, brazo de mi propio cuerpo, corazón en donde se alumbraban mis pensamientos, que nuestras estrellas irreconciliables hayan separado a este extremo la igualdad de nuestras condiciones. Escuchadme, mis buenos amigos... (Entra un Mensajero.) Pero os hablaré en algún momento más oportuno; este hombre trae nubes cuya importancia disimula su fisonomía. Escuchemos lo que tiene que decirnos. ¡Quién sois?

MENSAJERO. — No más que un pobre egipcio en este instante. La reina, mi señora, encerrada en su monumento funerario —que es todo lo que le queda—, desea conocer tus propósitos, a fin de tomar sus disposiciones para la conducta que se le imponga.

CÉSAR. — Dile que se tranquilice. Sabrá bien pronto por alguno de los nuestros hasta qué punto estamos determinados a tratarla con honor y con afecto; pues César no puede vivir sin mostrarse noble.

MENSAJERO. — ¡Que los dioses te conserven tal! (Sale.)

CÉSAR. — Ven aquí, Proculeyo. Ve y dile que no meditamos contra ella ningún ultraje. Prodígale todos los consuelos que requiere la naturaleza y el grado de su dolor, no vaya a ser que, en el orgullo de su grandeza, nos infijá una derrota con algún golpe de muerte. Porque mostrarla viva a Roma hará eterno el recuerdo de nuestro triunfo; andad y venid a

226  
participarnos lo más rápidamente posible lo que dice, y en qué estado la habéis hallado.

PROCULEYO. — Voy allá, César. (*Sale.*)

CÉSAR. — Galo, acompañadle. (*Sale Galo.*) ¿Dónde está Dolabella para que secunde a Proculeyo?

AGRIPA y MECENAS. — (*Llamando.*) ¡Dolabella!

CÉSAR. — Dejadle; ahora recuerdo en qué está ocupado. Se hallará dispuesto a tiempo. Venid conmigo a mi tienda. Allí os mostraré con qué repugnancia me comprometí a esta guerra y con qué calma y moderación procedí siempre en todas mis cartas. Venid conmigo a ver la prueba de lo que os digo. (*Salen.*)

## ESCENA II

Alejandría. — El monumento funerario

*Entran Cleopatra, Carmiana e Iras*

CLEOPATRA. — Mi desolación comienza a engendrarme una mejor vida. Es miserable ser César; no siendo la Fortuna misma, no es sino el criado de la Fortuna, el ministro de su voluntad. Pero es grande llevar a cabo la acción que pone fin a todas las acciones, que atenaza todo accidente, que cierra la puerta a todo cambio, que sabores el sueño eterno y no paladea nunca más la teta de la naturaleza, podrina a la vez de César y del mendigo. (*Entran por las puertas del monumento Proculeyo, Galo y Soldados.*)

PROCULEYO. — César envía sus felicitaciones a la reina de Egipto y te invita a reflexionar sobre las demandas que te serán agradable ver concedidas.

CLEOPATRA. — ¡Cuál es tu nombre?

PROCULEYO. — Mi nombre es Proculeyo.

CLEOPATRA. — Antonio me habló de vos; advirtiéndome que podía farme de vuestra persona; pero no me importa apenas que se me engañe, ya que no he de sacar utilidad de la confianza. Si vuestro amo desea tener una reina para mendiga, podéis decirle que la majestad, para guardar el decoro, no puede mendigar menos que un reino. Si le place darme para mi hijo el Egipto conquistado, me dará tanto de lo que me pertenece, que le ofreceré por ello mi gratitud de rodillas.

PROCULEYO. — Abrid vuestra alma a la alegría; habéis caído en manos principescas; no temáis nada; dirigid libremente y con toda amplitud vuestras solicitudes a mi señor; está tan lleno de gracia, que se desborda sobre todos aquellos que tienen necesidad de ella. Dadme permiso para comunicarle vuestra graciosa sumisión, y encontraréis un conquistador que pedirá por favor venir a secundarle cuando se solicite su protección de rodillas.

CLEOPATRA. — Decidle, os lo ruego, que soy la vasalla de su fortuna, y que le envío la grandeza que ha conquistado. De hora en hora me instruyo en la doctrina de la obediencia, y tendré mucho gusto en verla en persona.

PROCULEYO. — Le comunicaré esas palabras, querida dama. Tened confianza, pues sé que se apiada de vuestra situación, aunque sea de ella el causante.

GALO. — (*A parte a Proculeyo.*) Ved con qué facilidad podemos cogerla. (*Proculeyo y dos de la Guardia suben a lo alto del monumento, por media de una*

Seminario de Drama

Collección

Francisco (Paco) Prado

escalera, y en colocan detrás de Cleopatra. Algunos de la Guardia corren los corredores, abren las puertas y descubren así la cámara baja del monumento.)

GALO. — (En voz alta a Proculeyo.) Guardadla hasta que llegue César. (Sale.)

IRAS. — ¡Real reina!

CARMIANA. — ¡Oh Cleopatra, ya estás cogida, reina!

CLEOPATRA. — ¡Pronto, pronto, manos propicias! (Saca un puñal.)

PROCULEYO. — ¡Deteneos, noble dama, deteneos! (La coge y la desarma.) No os causéis tal daño, vos, que por la acción que acabamos de efectuar estáis socorrida y no traicionada.

CLEOPATRA. — ¡Cómo! ¡Ni aun siquiera la muerte, que libra a nuestros perros de una larga enfermedad?

PROCULEYO. — Cleopatra, no insultéis la generosidad de mi señor, destruyéndoo vos misma. Permitid al universo contemplar su perfecta nobleza, espectáculo que vuestra muerte le impediría mostrar.

CLEOPATRA. — ¡Dónde estás, muerte? ¡Ven aquí, ven! ¡Ven, ven, y coge una reina, que vale por muchos niños y pordioseros!

PROCULEYO. — ¡Oh, moderación, señora!

CLEOPATRA. — Señor, no comeré, ni beberé, y, si es necesario pronunciar todavía otras palabras superfluas, no dormiré tampoco. Destruiré esta prisión de carne, a despecho de César. Sabed, señores, que no iré maniatada a figurar a la corte de vuestro amo, ni me expondré una sola vez a ser humillada por los ojos desdiferentes de la riccia Octavia. ¡Se cuenta aca- so con levantarme en brazos para mostrarme a la turbamulta vecindera de la insultante Roma! Que

#### ACTO III. CLEOPATRA

una fosa de Egipto me sirva más bien de apacible tumba. ¡Antes me verá expuesta desnuda sobre el dique del Nilo y comida por los mosquitos, hasta llegar a ser un objeto de horror! ¡Que las altas pirámides de mi reino me sirvan más bien de patíbulo y se me cuelgue allí de cadenas!

PROCULEYO. — Lleváis esas ideas de horror a unos extremos que no justificará la conducta de César. (Entra Dolabella abajo.)

DOLABELLA. — Proculeyo: tu amo, César, sabe lo que has hecho y te envía a buscar. En cuanto a la reina, la tomaré bajo mi custodia.

PROCULEYO. — Bien, Dolabella; nada podía causarme más placer. (Conduce a Cleopatra a la sala baja del monumento y la entrega a Dolabella.) Sed dulce con ella. (A Cleopatra.) Si queréis emplearme como mensajero cerca de César, le referiré lo que os plazca decirme.

CLEOPATRA. — ¡Decidle que quisiera morir! (Salen Proculeyo y los Soldados.)

DOLABELLA. — Nobilísima emperatriz, ¿habéis oido hablar de mí?

CLEOPATRA. — No podría asegurarlo.

DOLABELLA. — Seguramente me conocéis.

CLEOPATRA. — Poco importa, señor, que os conozca o haya oído hablar de vos. Reis cuando los niños o las mujeres cuentan sus sueños; ¡no es ésa vuestra costumbre!

DOLABELLA. — No os entiendo, señora.

CLEOPATRA. — ¡He soñado que existía un emperador llamado Antonio! ¡Ah, si pudiera tener otro sueño semejante, sólo por ver otro hombre parecido!

DOLABELLA. — Si os plaudiese...

CLEOPATRA. — Su cara era como los cielos, y en ella estaban tachonados un sol y una luna, que observaban su curso y alumbraban esta pequeña O, la tierra.

DOLABELLA. — Muy soberana criatura...

CLEOPATRA. — Sus piernas cabalgaban a horcajadas el océano. Su brazo, levantado, tocaba la frente del mundo y le cubría con el casco (1); al dirigirse a sus amigos, su voz era armoniosa como la música de las esferas; pero cuando quería domeñar y hacer temblar al globo, era como el estallido del trueno. En cuanto a su generosidad, no conocía el invierno; era un perpetuo otoño, siempre más fértil a medida que era más recolectado. Sus voluptuosidades eran parecidas al delfín, mostraban su lomo por encima del elemento en que vivían. Reyes portadores de coronas grandes y pequeñas marchaban entre las gentes de su séquito; islas y reinos caían de sus bolsillos como monedas de plata...

DOLABELLA. — Cleopatra...

CLEOPATRA. — ¿Pensáis que existió o pudo existir un hombre parecido al que he soñado?

DOLABELLA. — No, noble señora.

CLEOPATRA. — ¡Mentís en los oídos mismos de los dioses! Pero si existió o pudo existir alguna vez uno parecido, ese hombre rebasa la potencia de los sueños. A la naturaleza le falta materia para luchar en formas extrañas con la imaginación. Sin embargo, imaginar un Antonio era una obra maestra en que la na-

(1) *Crested the world;* o más literalmente, encapotaba, adornaba con una corona al mundo.

turaleza aventajaba a la imaginación, reduciendo a la nada las ilusiones del pensamiento.

DOLABELLA. — Escuchadme, buena señora. La perdida que experimentáis es, como vos, grande, y vuestro dolor está a su altura. Que no pueda yo nunca obtener el éxito que persiga, si no es verdad que siento, de rechazo del vuestro, un pesar que me hiele en la raíz misma del corazón.

CLEOPATRA. — Os lo agradezco, señor. ¿Sabéis cuál es la intención de César respecto de mí?

DOLABELLA. — Me repugna enteraros de lo que quisiera que supieseis.

CLEOPATRA. — Veamos, os lo ruego, señor...

DOLABELLA. — Aunque él sea generoso...

CLEOPATRA. — Me llevará encadenada a su triunfo, ¡no es eso!

DOLABELLA. — Sí, señora; lo sé. (*Trompetería fuera.*)

Voz. — (En el exterior.) ¡Haced sitio aquí! ¡César! (Entran César, Galo, Proculeyo, Mecenas, Seleuco y gentes de sus séquitos.)

CÉSAR. — ¿Dónde está la reina de Egipto?

DOLABELLA. — Es el emperador, señora. (*Cleopatra se arrodilla.*)

CÉSAR. — Levantaos, no os arredilléis; os ruego que os levantéis; levantaos, reina de Egipto.

CLEOPATRA. — Señor, los dioses quieren que así sea. Debo obedecer a mi señor y amo.

CÉSAR. — No os entreguéis a sombríos pensamientos. Las injurias que nos habéis hecho, aunque escritas en nuestra carne, no queremos recordarlas sino como cosas atribuibles al azar.

Seminario de Drama  
Colección  
Francisco (Paco) Prado

CLEOPATRA. — Único señor del universo: no podría defender bien mi causa para que resplandeciese mi inocencia; pero confieso que he sucumbido bajo esos frágiles instintos que tan a menudo han deshonrado a nuestro sexo.

CÉSAR. — Cleopatra: sabed que estamos más bien dispuestos a excusar vuestras faltas que a castigarlas. Si os conformáis con nuestras intenciones, que son, respecto de vos, de lo más benévolas, hallaréis en ese cambio un beneficio; pero si tratáis, siguiendo la conducta de Antonio, de que se me acuse de crueldad, os privaréis vos misma de mi benevolencia y entregaréis vuestros hijos a la ruina, de que los preservaré si os apoyáis en mí. Voy a partir.

CLEOPATRA. — Y para el lugar del universo que queráis; el mundo os pertenece, y nosotros, vuestros escudos de armas y signos de victoria, nos ahorcaremos en el sitio que os plazca. (*Le entrega un pañuelo.*) Tomad esto, mi buen señor.

CÉSAR. — Me aconsejaréis en todo lo que concierne a Cleopatra.

CLEOPATRA. — He aquí la nota de todo lo que poseo; dinero, joyas, juegos de plata. Está exactamente redactada, salvo las bagatelas que he pasado por alto. ¿Dónde está Seleuco?

SELEUCO. — Aquí, señora.

CLEOPATRA. — Éste es mi tesorero; que diga, por su cuenta y riesgo si he reservado para mí alguna cosa. Di la verdad, Seleuco.

SELEUCO. — Señora, preferiría sellar mis labios a decir lo que no es, aunque fuese por salvar mi cabeza.

CLEOPATRA. — ¿Qué es lo que he guardado?

SELEUCO. — Lo bastante para rescatar lo que habéis declarado poseer.

CÉSAR. — Vamos, no os sonrojéis, Cleopatra; apruebo en esto vuestra cordura.

CLEOPATRA. — ¡Ved, César! ¡Oh, contemplad qué pronto halla amigos la pompa! Mis servidores se disponen a ser vuestros, y si fuese posible cambiar nuestras fortunas, los vuestros serían los míos. La ingratitud de ese Seleuco me vuelve loca de furor. ¡Oh esclavo de tan poca fe como el amor comprado! ¡Cómo! ¡Retrocedes? ¡Volverás, te lo garantizo; pero aun cuando tuvieran alas, yo me apoderaré de tus ojos, esclavo, villano sin alma, perro! ¡Oh raro modelo de bajeza!

CÉSAR. — Buena reina, dejadnos interceder.

CLEOPATRA. — ¡Oh César, qué vergüenza sangrante es para mí que ante tí, que honras con la presencia de tu señoría a una persona tan humillada, mi propio criado aumente la suma de mis desgracias con la adición de su maldad! Veamos, buen César; admite que yo haya conservado algunas bagatelas de mujer, algunas fruslerías sin importancia, algunos objetos sin valor, tales como aquellos que regalamos a los amigos ordinarios; admite aún que haya apartado algún obsequio más fino para Livia u Octavia, a fin de ganarme su mediación. ¡Es para que se me descubra por uno a quien he mantenido! ¡Grandes dioses! Esto me causa más mal que la caída misma que sufro. (*A Seleuco.*) Te lo ruego; parte de aquí, o las últimas llamaradas de mi alma se mostrarán a través de las cenizas de mi mala fortuna. Si fuesses hombre, habrías tenido piedad de mí.

CÉSAR. — Esquivaos, Seluco. (*Sale Seleuco.*)

CLEOPATRA. — Sépase que nosotros, los más grandes de la tierra, somos juzgados falsamente por acciones que otros han cometido; y cuando caemos, llevamos la pena merecida por otros. Se nos debe, en verdad, compasión.

CÉSAR. — Cleopatra, en la lista de nuestras conquistas no hemos puesto ni lo que os habéis reservado ni lo que habéis confesado. Que continúe siendo vuestro y usadlo a vuestro gusto; y creed que César no es un mercader para traficar con vos de cosas que venden los mercaderes. Conservad, pues, vuestra serenidad; no hagáis de vuestros pensamientos prisiones para vuestra alma. No, querida reina; porque esperamos tomar, respecto de vos, las disposiciones que vos misma sconsejéis. Comed y dormid. Nuestra solicitud y nuestra piedad se extiende a tal punto sobre vos, que quedamos vuestro amigo; y ahora, adiós.

CLEOPATRA. — ¡Mi amo y mi señor!

CÉSAR. — Nada de eso. Adiós. (*Trompetería. Salen César y su séquito.*)

CLEOPATRA. — Me halaga, hijas mías; me halaga con bellas palabras, para que no sea noble conmigo. Pero escucha, Carmiana. (*Cuchichea con Carmiana.*)

IRAS. — Acabemos, noble señora; el día esplendoroso ha terminado, y estamos destinadas a la tinieblas.

CLEOPATRA. — Regresa pronto. Ya he dado las órdenes y todo está preparado; anda, tráelo a toda prisa.

CARMIANA. — Voy allá, señora. (*Vuelve a entrar Dolabella.*)

DOLABELLA. — ¿Dónde está la reina?

CARMIANA. — Miradla, señor. (*Sale.*)

CLEOPATRA. — ¡Dolabella!

DOLABELLA. — Señora: comprometido por el juramento que os hecho a vuestra instancia, justamente que mi cariño me impone mantener religiosamente, os hago saber esto: César ha decidido que su viaje se haga por la Siria, y de aquí a tres días ha de enviaros por delante a vos y a vuestros hijos; haced de esta información el mejor uso que podáis; he cumplido vuestro deseo y mi promesa.

CLEOPATRA. — Dolabella, quedare vuestra deudora.

DOLABELLA. — Y yo vuestro servidor. Adiós, noble reina; es preciso que vaya a reunirme con César.

CLEOPATRA. — Adiós, y gracias. (*Sale Dolabella.*) Y ahora, Iras, ¿qué piensas? Serás, lo mismo que yo, mostrada en Roma como una muñeca egipcia. Esclavos artesanos, con sus delaniales grasientos, sus reglas y sus martillos, se alzarán para vernos; estaremos envueltas en la nube de los pesados alientos malolientes de su grosera comida, y forzadas a beber su vaho.

IRAS. — ¡Que los dioses lo impidan!

CLEOPATRA. — Es por demás cierto, Iras; insolentes lictores nos tratarán como rameras; miserables rimadores nos cantarán desafinadamente; ingeniosos comediantes llevarán al tablado en sus improvisaciones y pondrán en escena nuestras fiestas de Alejandría; se representará a Antonio ebrio, y yo veré algún jóvenzuelo de voz chillona hacer de Cleopatra y dar a mi grandeza la postura de una prostituta.

IRAS. — ¡Oh dioses benignos!

CLEOPATRA. — Nada más cierto.

IRAS. — No veré eso jamás, pues estoy segura de que mis uñas son más fuertes que mis ojos.

CLEOPATRA. — Verdaderamente ése es el medio de frustrar sus preparativos y de triunfar de sus certísimas intenciones. (*Vuelve a entrar Carmiana.*) ¡Hola, Carmiana! Vamos, mujeres mías, adornadme como a una reina. Id a buscar mis más hermosos atavíos... Voy otra vez al encuentro de Cidno, no al de Marco Antonio... Anda, mi graciosa Iras... Ahora, noble Carmiana, apresurémonos, pues, y cuando me hayas hecho este menester, te daré permiso para divertirte hasta el día del Juicio. Trae nuestra corona y todo. (*Sale Iras. Ruido en el exterior.*) ¿Por qué ese ruido? (*Entra un Soldado de la guardia.*)

SOLDADO. — Aquí hay un mozo rural que a toda costa quiere ser introducido en presencia de Vuestra Alteza. Trae higos.

CLEOPATRA. — Que se le introduzca. (*Sale el Soldado.*) ¡Cómo un pobre instrumento puede realizar una noble acción! ¡Me trae la libertad! ¡Mi resolución está adoptada, y nada de mujer tengo ya en mí. Ahora, desde la cabeza a los pies, soy firme como el mármol; ahora la Luna no es mi planeta! (*Vuelve el Soldado con un Rústico que lleva una cesta.*)

SOLDADO. — Aquí está el hombre.

CLEOPATRA. — Salid y dejadle. (*Sale el Soldado.*) ¡Tienes ahí esa linda víbora del Nilo, que mata sin hacer sufrir!

RÚSTICO. — Sí; en verdad, la tengo. Pero no quisiera ser el individuo que os aconsejara tocarla, por-

que su picadura es *immortal* (1); aquellos que mueren de ella se restablecen rara vez o nunca.

CLEOPATRA. — ¿Te acuerdas de alguien que haya muerto de ella?

RÚSTICO. — Y de muchos hombres y mujeres. He oído hablar de una, no más tarde de ayer. Una honradísima mujer, pero un poco predispuesta a la mentira, el que en una honrada mujer no debiera consentirse, a no ser por razón de honestidad. Se decía, cuando estaba muerta de su picadura, qué sufrimiento no habría experimentado... En verdad, dió muy buen testimonio en favor de la víbora; mas los que quieren creer todo lo que se dice, no se salvarán nunca por la mitad de lo que hacen; sin embargo, lo infalible es que esta víbora es una víbora extraña,

CLEOPATRA. — Sal de aquí; adiós.

RÚSTICO. — Os deseo mucho placer con la víbora. (*Deposita la cesta.*)

CLEOPATRA. — Adiós.

RÚSTICO. — Pensadlo bien; mirad que la víbora obrará según su instinto.

CLEOPATRA. — Sí, sí; adiós.

RÚSTICO. — Mirad; no se debe confiar la víbora más que a la custodia de personas prudentes; porque para decir la verdad, no hay bondad ninguna en la víbora.

CLEOPATRA. — No te preocupes. Se la vigilará.

RÚSTICO. — Muy bien. No le decís nada, os lo ruego, pues no vale la pena de que se la alimente.

(1) El Rústico traduce los términos. Toda la revera es un jergón de palabras, forjado artificiosamente por Shakespeare para contrastar con el terrible aspecto que va a servir.

CLEOPATRA. — ¡Me comerá!

RÚSTICO. — Debéis creer que no soy tan simple que no sepa que ni el diablo mismo se comería a una mujer. Sé que una mujer es un manjar para los dioses, si el diablo hace de ella la salsa. Pero, verdaderamente, esos putañeros de diablos hacen gran daño a los dioses con sus mujeres; porque de diez que hacen los dioses, los diablos estropean cinco.

CLEOPATRA. — Bien, márchate; adiós.

RÚSTICO. — Si, por mi fe; os deseo que os divirtáis con la víbora. (*Sale. Vuelve a entrar Iras con un vestido, una corona, etc.*)

CLEOPATRA. — Dame el vestido; colócame la corona; siento en mí la sed de la inmortalidad. Ahora, nunca más el zumo de los racimos de Egipto mojará estos labios. Acelera, acelera, mi buena Iras; aprisa. Me parece que oigo a Antonio que me llama. Le veo levantarse para alabar mi noble acción; le oigo burlarse de la dicha de César —dicha que los dioses conceden a los hombres para servir de excusa a sus cobardes ulteriores—. Voy, esposo mío. ¡Ahora pruebo por mí valor mis títulos a este nombre! No soy más que aire y fuego; abandono a la vida más grosera mis otros elementos. Qué..., ¿habéis terminado? Ven ahora y recibe el último calor de mis labios. ¡Adiós, mi querida Carmiana!... ¡Largo adiós, Iras! (*Las besa. Iras cae y muere.*) ¡Tengo el áspid en mis labios! ¡Caes! Si tú y la naturaleza podéis tan suavemente separaros, el golpe de la muerte es como el pellizco de un amante, que hiere y desea. ¡Estás aún inmóvil! Si así te has desvanecido, declaras al mundo que no vale la pena de despedirse de él.

#### ANTONIO Y CLEOPATRA

CARMIANA. — ¡Disuélvete, espesa nube, y vierte la lluvia! Que pueda decir que los dioses mismos llorarán!

CLEOPATRA. — ¡Soy cobarde!... Si encuentra la primera a Antonio el de la cabellera rizada, le preguntará y le dará ese beso, cuya posesión es para mí el cielo. (*Coge un áspid, que se aplica al seno.*) ¡Ven, mortal asesino; corta de un solo golpe con tus dientes agudos este nudo complicado de la vida! ¡Pobre loco vencoso, entra en furor y apresúrate! ¡Oh, que no puedas hablar, para que te oiga llamar al gran César impolítico!

CARMIANA. — ¡Oh estrella de Oriente!

CLEOPATRA. — ¡Silencio, silencio! ¡No ves el niño que tengo al pecho, y que su nodriza le da tetilla para dormirle?

CARMIANA. — ¡Oh, rómpete, rómpete, corazón mio!

CLEOPATRA. — Tan delicioso como el bálsamo, tan blando como el céfiro, tan gentil... ¡Oh Antonio!... Sí; voy a cogerte también (*Aplicándose otro áspid al brazo.*) ¡Por qué habría de permanecer...! (1) (*Muere.*)

CARMIANA. — ¡En este mundo vil! Vamos; adiós. Ahora puedes sentirte orgullosa, muerte; estás en posesión de una mujer incomparable. ¡Párpados abatidos, cerraos, y que el dorado Febo no sea contemplado jamás por ojos tan reales! Se ha torcido vuestra corona; voy a colocarla derecha y luego a llenar mi papel. (*Entra la Guardia con precipitación.*)

PRIMER GUARDIA. — ¡Dónde está la reina!

CARMIANA. — Hablad bajo, no la despertéis.

(1) What should I do... La frase es interrogativa. ¿Qué equivale aquí a Por qué razón? Muy probablemente: porque vosotros vosotros cumplís a gusto.

PRIMERA GUARDIA. — César envía...

CARMIANA. — Un mensajero demasiado lento. (Se aplica un áspid.) ¡Oh, aprisa; despacha! Siento ya tu poder.

PRIMER GUARDIA. — Aproximaos; ¡hola! No va todo bien; César ha sido engañado.

SEGUNDO GUARDIA. — Aquí está Dolabella, enviado por César; llámadle.

PRIMER GUARDIA. — ¿Qué ha sucedido aquí? Carmiana, ¿es esto obrar bien?

CARMIANA. — Esto es obrar bien y como convenía a una princesa descendiente de tantos reyes soberanos. ¡Ah soldado! (Muerde. Vuelve a entrar Dolabella.)

DOLABELLA. — ¿Qué pasa aquí?

SEGUNDO GUARDIA. — ¡Todo está muerto!

DOLABELLA. — César: tus temores han sido justos. Vienes en persona a ver cumplirse el acto terrible que intentabas prevenir.

UNA VOZ. — (Dentro.) ¡Sítio aquí! ¡Sítio a César! (Vuelve a entrar César con su séquito.)

DOLABELLA. — ¡Oh señor! Sois demasiado buen augur. Se ha realizado lo que temíais.

CÉSAR. — ¡Existencia bravamente acabada! Conjeturó nuestros proyectos, y como una persona real ha tomado su partido... ¿Cómo ha muerto? No las veo sangrar.

DOLABELLA. — ¿Quién estuvo el último con ellas?

PRIMER GUARDIA. — Un simple aldeano que les trajo higos. Aquí está su cesto.

CÉSAR. — Envenenadas, entonces.

PRIMER GUARDIA. — ¡Oh César! Esta Carmiana vivía no hace un instante. Estaba en pie y hablaba.

La hallé ajustando la diadema de su ama difunta; se levantó temblando, y se desplomó de repente.

CÉSAR. — ¡Oh, la noble debilidad! Si hubiese ingerido un veneno, se le reconocería en la hinchazón exterior. Pero tiene aire de dormir, como si quisiera coger a otro Antonio en la irresistible red de su gracia.

DOLABELLA. — Aquí, en su seno, hay un pequeño brote de sangre y un poco de hinchazón; lo mismo en su brazo.

PRIMER GUARDIA. — Es la huella de un áspid. Y sobre las hojas de estos higos, la misma baba que los áspides dejan en las cavernas del Nilo.

CÉSAR. — Es muy probable que así haya muerto, pues su médico me dijo que había hecho averiguaciones infinitas sobre la manera más cómoda de morir. Levantadla de su lecho y llevaos sus mujeres del monumento. Será sepultada al lado de su Antonio; ninguna tumba de la tierra encerrará una pareja tan famosa. Acontecimientos tan grandes como éstos hieren a los mismos que los causan, y la piedad que inspira su historia iguala a la gloria del que los ha reducido a ser lamentados. Nuestro ejército acompañará estos funerales con pompa solemne; y luego, a Roma. Ven, Dolabella. Cuida de que el orden más escrupuloso presida esta gran solemnidad. (Salen.)

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMLIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Seminario de Drama  
Colección  
Francisco (Paco) Prado